

Lola López Bermejo

En medio de nada



Ediciones *Ma*

Loles López Bermejo

En medio de nada

© En medio de nada

© 2013 Loles López Bermejo

© Prólogo: Anamari Granados

© Imagen de portada: William García.

© Corrección: Sara Garnica

© Maquetación: Anamari Granados

Primera edición: Marzo 2013

© EdicionesMA 2013

Cornellá de Llobregat,

Barcelona, 08940

prensa.edicionesma@gmail.com

<http://edicionesma.wix.com/website>

¿Por qué todo el mundo me dice lo que tengo que hacer? ¡No! Este es mi sueño y yo decidiré como continua.

Alicia en el país de las maravillas

PARA MIS HIJOS, CAROLINA E IKER, CON MUCHO AMOR

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer, en primer lugar, al hombre que ha hecho posible que yo me decidiera un día a coger un lápiz y un papel y escribiera esta historia: mi marido, Christian, puesto que sin su apoyo incondicional no hubiera nacido esta novela.

A mi tía Esther por leerse mi libro y darme algún consejo. A mis padres, con cuyo ánimo he llegado a creer que mi sueño podía ser posible.

A los que se alegraron al conocer que estaba escribiendo.

A Ediciones MA por darme esta oportunidad, que nunca olvidaré.

A vosotros por querer vivir esta historia conmigo. Es la primera pero no será la última.

Gracias, muchísimas gracias.

Loles López Bermejo

PRÓLOGO

Esta novela romántica no es como las que solemos estar acostumbrados. No abarca únicamente el tema del amor, sino que, además, trata temas más complejos y problemáticos como, por ejemplo, que una vida se derrumbe en unos pocos días...

Lo más importante de esta novela, además de la trama, por supuesto, es el cúmulo de sentimientos que se transmiten con cada palabra. Con cada hecho, la autora nos adentra en una historia plagada de perspectivas, de ángulos familiares y románticos.

Cuando leí el argumento de esta obra ya supe que iba a gustarme cada página de ella y, efectivamente, fue así. Puede parecer una novela muy breve, a mí por ejemplo me lo pareció, puesto que últimamente estamos habituados a “novelones” de 500 o 600 páginas y cuando vemos una tan reducida pensamos que con tan pocas páginas no merecerá la pena... Quizás eso podrías pensarlo antes de leer lo que tiene que decir Loles con su libro, ¡Ahora ya no!

Os aseguro que después de pasar esta página y adentraros en la historia podréis pensar muchísimas cosas, quizás que no causa intriga o que puede parecer una historia muy inverosímil, pero cuando la acabéis solo pensaréis esto: QUIERO LEER MÁS NOVELAS DE LOLES.

Sí, soy su editora, y quizás por ese hecho penséis que escribo estas palabras “para vender más”. Pues os equivocáis y lo descubriréis dentro de muy poco. Sin ir más lejos quiero decir, por último, que cuando lleguéis a la última página de En medio de nada os daréis cuenta de que la novela os ha llegado a ENAMORAR.

Anamari Granados

CAPÍTULO 1. HOTEL AL- ÁNDALUS



Raquel sostuvo su mirada en el espejo, estaba terminando de cepillarse el pelo mientras, al mismo tiempo, pensaba en el hecho de que tenía veinte días de vacaciones por delante. No había planificado ningún viaje, ni tampoco pensaba coger su mochila e irse a la aventura por el país... No aún no. Por una parte porque estaba sin pareja y por otra porque no podía dejar a su padre y sus dos hermanos sin su ayuda, pues era temporada alta y por tanto debía colaborar en el gran hotel que regentaba su familia.

Este hotel, llamado Al-Ándalus, lo fundó su abuelo, Antonio Santamaría Sáez, en 1950. Cuando era joven estuvo trabajando varios años de camarero en un pequeño hostel costero del levante y siempre soñó con tener su propio negocio. Trabajó muy duro, ahorrando hasta la última peseta que ganaba. Un día, mientras paseaba, vio un edificio antiguo muy cercano al mar, esta construcción que a simple vista no parecía gran cosa sabía que con imaginación y su propio esfuerzo llegaría a convertirse en el alojamiento más famoso de Marbella y así sucedió.

El hijo de Antonio, es decir, el padre de Raquel, nació cinco años después de la gran inauguración. Siempre les contaba a sus tres hijos que debían estar muy agradecidos por todo lo que tenían, pues gracias a la perseverancia y el buen hacer de su abuelo poseían éste lugar tan maravilloso.

Ahora era su padre, Miguel Santamaría, quien lo regía, puesto que su abuelo falleció, por muerte natural, hará unos cuatro años a lo sumo. Antes de

morir hizo prometer a su heredero que debía luchar siempre por conservar el negocio familiar y que de ningún modo lo vendiera a nadie, pues ese lugar se debía regentar siempre por el apellido Santamaría.

Miguel era un hombre de palabra y por ello persuadió a sus dos hijos varones para que estudiaran empresariales e idiomas por ello ahora podías verlos trabajando codo con codo con su padre. Con todo ello admiten que son felices con su labor y que disfrutan mucho, además explican que nunca se han arrepentido de haber seguido el legado familiar.

El padre de Raquel nunca le obligó a estudiar nada relacionado con el negocio hostelero, como hizo con sus otros hijos, ella piensa que se debe a que es muy reacia a las imposiciones y por tanto, si la hubiese forzado nunca hubiera pisado aquel lugar. Por ello, tan solo le sugirió, sutilmente, que estudiara idiomas, y en ese aspecto le hizo caso, sabía hablar inglés y alemán a la perfección.

No obstante, no trabajaba en el hotel, tan sólo, a veces, en su tiempo libre iba a ayudar a su familia, pues realmente estaba contratada como periodista en un periódico local y ese era su empleo de verdad.

Raquel salió apresuradamente de la casa, subió a su coche y se dirigió hacía el lugar donde la esperaban, el hotel, que tan sólo había un par de kilómetros de distancia.

—Buenos días señorita Santamaría.— dijo el aparcacoches cuando se bajó de su vehículo.

—Buenos días Jesús, ¿Qué tal está?— preguntó mientras le daba las llaves de su Audi rojo, para que se lo estacionara en el parking privado.

—Muy bien señorita, gracias por su interés.

Raquel se dirigió a la gran entrada acristalada del Hotel Al-Ándalus, se paseó por el lujoso hall, que recordaba a la mezquita de Córdoba por las columnas de mármol y granito que rodeaban la estancia y sobre ellas se erguían arcos de herradura. El suelo era de mármol blanco y en el centro se encontraba una fuente en forma circular del mismo material pero, por el contrario, en rojo, desde su base salía sin cesar saltos de agua creando a su vez un sonido relajante. Al otro lado se hallaba la recepción, el mostrador combinaba el blanco y el rojo, los colores dominantes de la original entrada del hotel.

—Buenos días Manuel — comentó Raquel al recepcionista— ¿Mi padre está en su despacho?

—Buenos días señorita Santamaría. Sí, lo podrá encontrar en su despacho, está reunido con sus hermanos. Y por lo que veo la tenemos otra vez de vuelta. ¿Vacaciones o días libres?

—Vacaciones...— respondió con una sonrisa.

—¿Y usted nunca descansa? Del periódico al hotel y del hotel al periódico...

—¡Qué le voy a hacer Manuel! Soy un alma inquieta— comenzó a reír— Bueno nos vemos más tarde.

Raquel se dirigió al despacho de su padre, se encontraba en la misma planta a la izquierda de los ascensores, una puerta indicaba que era zona restringida. Tras cruzarla había que atravesar un pasillo iluminado por varios focos situados en el techo, además a lo largo de este había varias puertas blancas a un lado y al otro que encerraban estancias para el uso del personal. Llegando al final del pasillo se encontraba la puerta roja que daba entrada al despacho del director.

Al llegar dio unos suaves golpes a la puerta y seguidamente entró en el interior, ahí estaban los tres hombres más importantes de su vida, su padre, que con su sola presencia presidía toda la estancia, estaba sentado en el centro de la gran mesa de caoba y a cada lado encontró a sus dos hermanos que la invitaban a acercarse con una amplia sonrisa.

Miguel, a sus 57 años, aún era un hombre muy atractivo, además, no aparentaba su edad. Tenía el pelo un poco canoso, era muy alto y esbelto, sus ojos eran oscuros y siempre vestía con trajes a medida, tan solo prescindía de ellos cuando se iba de vacaciones con su mujer, pero ya hacía muchos años desde su último viaje con ella, pues prefería quedarse trabajando en Marbella mientras su esposa se gastaba el dinero en algún paraíso caribeño.

A su derecha estaba su hermano Roberto, el primogénito, tenía 32 años y era el que más se parecía a su padre, alto, moreno y con unos ojos grandes y oscuros como la noche. Era el más formal de los tres hermanos y también el más responsable. Raquel siempre confiaba en él para asuntos importantes.

A la izquierda del patriarca estaba Hugo, el mediano, con 30 años, él era el juerguista y el más loco de los tres, se asemejaba más a su madre. También

era alto, pero no tanto como Roberto. Su pelo rizado era castaño y sus ojos del color de la tierra.

—Buenos días.— dijo Raquel con una sonrisa.

—Buenos días cariño— Miguel se levantó y le dio un par de besos— Siéntate con nosotros.— Raquel se sentó enfrente de su padre.

—¿Tanto nos echas de menos que siempre andas por aquí?— Preguntó sonriendo Hugo.— ¡Ni en tus vacaciones puedes estar lejos de nosotros!

—¡Ya sabes Hugo que no puedo vivir sin veros!— contestó en tono burlón Raquel.

—Bueno chicos os pongo en situación, este año esperamos que vengan un 10% más de clientes, pues tras la ampliación del hotel esperamos mucho más trabajo que en años anteriores. Por ello, tenemos que aportar ideas entre todos para que los clientes que nos visiten vuelvan y piensen en nosotros como lugar preferido para el descanso y el ocio para futuras vacaciones.— dijo Miguel analizando unas estadísticas que extraía del papel que sostenía en la mano.

—Bueno papá ¡No exageres tanto! Éste sitio es el más famoso y con más prestigio de Marbella, sólo con su nombre ya genera beneficios.— dijo Hugo.

—Sí, lo sé. Pero también hay que tener en cuenta que en cualquier momento pueden cambiar las circunstancias, por ejemplo se podrían cansar de la monotonía y buscar alojamientos que les den cosas distintas a lo que nosotros ofrecemos. Por este motivo siempre hay que innovar y proporcionar al cliente cosas nuevas, interesantes, divertidas, exóticas... ¡Lo que sea!

—Podríamos hacer fiestas ambientadas en distintas épocas, además de ofrecer bailes y Pilates en la misma piscina.— sugirió Raquel.

—Esa es una muy buena idea, éste sábado, sin ir más lejos, podría haber una fiesta. Elegid la época en la que la queráis ambientarla y empezad a trabajar chicos. Además ofreceremos a parte del descanso, como bien ha ideado Raquel, distintas formas de diversión en la piscina.— dijo Miguel pensativo.— ¡Poneros en marcha chicos!— les animó.

Los tres hermanos salieron del despacho.

—Yo me encargo de la decoración y de la música, además del vestuario. Vosotros de todo lo demás.— dijo Raquel entusiasmada ante la idea.

—Pero, ¿En qué época la vamos a ambientar?— preguntó Roberto.

—En la época de los setenta, por supuesto. La época disco. ¡Va a ser

genial!— exclamó.— Bueno, me voy a la recepción. ¡Luego nos vemos!— dijo mientras se marchaba.

—No comprendo porque sigue aún en ese periódico, ella debe estar aquí con nosotros... Fíjate como disfruta trabajando en el hotel, se la ve tan feliz... — expresó Hugo a su hermano mayor.

—Ella quería probar que valía por sí sola sin la ayuda de nuestro padre. Pero creo que no se da cuenta que en su interior desea ser parte de todo esto.

—¿Tú crees que ella sospecha algo?

—¿Sospechar de qué?— Roberto hizo una pequeña pausa.— ¡Ah, ya! Imagino que no. Pero ya sabes que no debe saberlo, se lo prometimos a nuestro padre.

—¡Pero es ridículo, debe saber que es adoptada!— exclamó Hugo furioso.

—¿Pero por qué debe saberlo? Ella es nuestra hermana, ¿Qué más da que no tenga nuestra sangre?

—¡Tú no lo entiendes!

—¿Qué no entiendo Hugo?

—¡Déjalo!, Me voy a trabajar...

Dio media vuelta y se fue dejando a Roberto en medio del pasillo del gran y lujoso edificio pensando en las últimas palabras de su hermano pequeño. Temió que estas escondieran algo más... Se había fijado cómo miraba a Raquel desde hacía un tiempo, él también se había dado cuenta de que, a la que llamaban su hermana, se había convertido en una mujer atractiva y fascinante.

Mientras Roberto iba pensando en todo esto Raquel se encontraba en la recepción mirando direcciones en el ordenador para la organización de la fiesta.

—Señorita Santamaría, ¿Por qué no se va a su despacho?, Estaría mucho más cómoda...— dijo el recepcionista.

—¿Te molesto aquí, Manuel?— preguntó divertida.

—¡No, para nada! Es todo un placer tenerla aquí, ya sabe que le tengo un gran cariño...

—Pues si es así, podrías comenzar llamándome por mi nombre, ya son muchos los años que hace que nos conocemos. Además me gusta estar aquí., así puedo observar a los clientes. Me encanta verles las cara cuando entran y ven nuestro maravilloso hall.— dijo Raquel sonriendo.

—Hola, buenos días.— se acercó un chico de alrededor de unos treinta años, rubio, alto y con los ojos azules.— Tenía una reserva.

—¿A nombre de quién?— preguntó Raquel casi sin aliento al ver lo guapo que era este cliente.

—Ian Huriarte Wesley.

—A ver, espere un momento por favor...— dijo tecleando en el ordenador, concentrándose más que nunca en lo que estaba haciendo.— Sí, aquí está, ¿Se va a quedar mucho tiempo en el hotel?

—En principio dos semanas.

—Muy bien. Su habitación es la 533, si desea le pueden subir el equipaje hasta su dormitorio.

—No, no hace falta, muchas gracias de todas formas.— cogió la llave que le ofreció Raquel y sus dedos se rozaron momentáneamente.

—Cualquier cosa que necesite no dude en avisarnos. Que tenga una feliz estancia.— dijo en un susurro mirando directamente a esos ojos azules.

—Muchas gracias, ¿Señorita...?— preguntó Ian con una media sonrisa, intentando averiguar el nombre de aquella atractiva chica que le miraba con esos ojos verdes como esmeraldas.

—Mi nombre es Raquel.

—Encantado de conocerte Raquel.— Le dijo mientras le estrechaba la mano.

—Igualmente...— dijo mientras se iba y aún notando la calidez de su mano.

—Ejem, ejem...— carraspeó Manuel mirándola, con gesto divertido.

—¿Qué?— dijo avergonzada.

—Nada... parece ser que ese chico le ha causado muy buena impresión...

—¡Manuel, qué cosas tienes! Es un cliente debía ser simpática...

Pero Manuel había acertado, algo había en ese chico que no le pasó desapercibido. No sabía si eran sus ojos increíblemente azules y grandes o esa media sonrisa irresistible.

La mañana transcurrió rápidamente, pues aunque no se lo había dicho a nadie le encantaba trabajar ahí, le traía muy buenos recuerdos de su infancia.

En su niñez fue feliz, sobre todo al lado de su padre y sus hermanos, en cambio con su madre... Creía que no la quería, es más, ella estaba totalmente

convencida de que la detestaba desde el mismo instante en que nació, aunque su padre siempre le repetía que se equivocaba que estaba pasando la crisis de la edad y que vivía más pendiente de no envejecer que de ellos... Pero Raquel siempre había visto como su madre mimaba, hablaba y cuidaba a sus hermanos, y con ella nada, sólo indiferencia.

—¡Raquel! ¿Te vienes a comer?— pregunto Hugo al acercarse a la recepción.

—Claro, ¿Dónde vamos, al restaurante del hotel?

—No, hoy por ser el primer día de tus vacaciones en el periódico, te invito a ese sitio que tanto te gusta.⁸

—¡Qué bien! Como me cuidas...— dijo Raquel dándole un beso en la mejilla.— ¿Viene también Roberto?

—...No...— dijo nervioso.— Creo que quería quedarse a terminar algunas gestiones del hotel...

En ese preciso momento se acercaba Roberto a la recepción y se apresuró más al ver a ambos hablando.

—¡Chicos!— dijo cuando se llegó a su lado.

—Estábamos hablando de ti, ¿Vienes a comer con nosotros?— dijo Raquel colgándose del brazo de su hermano mayor.

—Por supuesto, no me lo perdería por nada del mundo.— dijo Roberto.

—Pero si me habías dicho que tenías trabajo atrasado.— dijo Hugo.

—Bueno ya lo acabaré cuando vuelva del restaurante.— dijo el primogénito mientras se dirigían hacia la salida.— Además, hay que celebrar por todo lo alto las vacaciones de nuestra queridísima hermana, ¿Verdad Hugo?

—Por supuesto...— dijo mirando a su hermano de reojo con gesto molesto.

Llegaron a un restaurante italiano que estaba muy próximo y daba al paseo marítimo, el local no era muy grande pero entraba mucha luz natural gracias a los grandes ventanales situados en su fachada. Todas las mesas estaban vestidas con manteles de cuadros verdes y blancos y sobre éstas habían candiles rojos. Desde el techo colgaba una magnífica lámpara de forja con tulipas de cristales de colores. El suelo era de losa de barro y sus paredes estaban revestidas de ladrillo caravista. A Raquel le encantaba este sitio por su tranquilidad e intimidad, además le encantaba ver el mar mientras comía.

Nada más entrar un camarero se les acercó y les dio una mesa con vistas a este. A esa hora no había mucha gente comiendo, tan solo un par de mesas ocupadas, puesto que los turistas extranjeros comían a horas más tempranas. Pidieron la comida al camarero, Roberto risotto de setas, Hugo eligió ñoquis con albahaca y Raquel se decantó por la lasaña boloñesa.

—Voy un momento al baño.— dijo Raquel levantándose de su silla.

—¿Pero qué haces?— pregunto Hugo cuando Raquel se hubo marchado.

—¿Qué voy a hacer? — Roberto hizo una pequeña pausa.— Comer.

—Sabes a que me refiero...— dijo nervioso9

—No, no sé a qué te refieres, estoy aquí sentado con mis dos hermanos y vamos a comer. ¿Tú que intenciones tienes?— dijo Roberto muy serio.

—No quería que lo supieras, pero le voy a contar la verdad, que ella es adoptada.

—¡Vas a hundir a papá!

—Ella debe saberlo, es por su bien...

—Pero a quien le pertenece el derecho de contárselo es a papá que fue quien la adoptó.— dijo Roberto.

—Sabes que él no quiere decírselo porque cree que si lo sabe nos dejará y yo sé que no será así.

—Dime Hugo, ¿Qué más quieres decirle a Raquel?— preguntó Roberto sabiendo ya la respuesta.

—Yo...Roberto yo...Quiero que lo sepa porque además de que debe saberlo es también porque la quiero. Estoy enamorado de ella, desde hace muchos años estoy loco por ella, he intentado con todas mis fuerzas sacarla de mi cabeza pero no lo consigo... La amo cada día más y ya no aguanto ni un minuto más sin decírselo...— dijo Hugo derrotado.

—¡Madre mía! Se va a arrepentir nuestro padre de habernos contado la verdad...

—Él no tuvo otra opción que decírnoslo, no somos tontos y veíamos como la trataba mamá, sabes que todo era muy raro...

—Pero Hugo si tú no hubieras sabido la verdad la hubieras visto como a tu hermana y todo esto no hubiera pasado.

—Eso ya lo sé... Pero no fue así y ya no puedo más... Tengo que contárselo.

Mientras tanto Raquel se acercaba a la mesa donde sus dos queridísimos hermanos la esperaban para comenzar a comer, no sabía que realmente estaban hablando de algo que podría cambiar su vida para siempre...

CAPÍTULO 2. LA VERDAD



—Escúchame, se está acercando Raquel no le digas nada ahora, hablaremos con papá para que él se lo cuente, hazme caso Hugo, por favor.— le susurró Roberto.

—Chicos, ¿De qué estáis hablando? ¿De chicas?-dijo Raquel sentándose junto a sus hermanos.— ¡Ya no me contáis nada! Sabéis que me gusta todos los cotilleos de vuestros ligues.-dijo guiñándoles un ojo.

—Sí, nos has pillado, pero no es nada importante...-contestó rápidamente Roberto.

—Todo es importante Roberto, todo, además nada es imposible.-dijo Hugo.

—A veces hay que dejar que pasen las cosas por si solas, sin obligar a que pasen con según qué actos...-dijo en tono serio Roberto.

—¡Uy! Qué enigmáticos estáis... Cuando queráis me lo contáis. ¿Oye, como lleváis el tema de la fiesta del sábado?-preguntó Raquel cambiando de tema al ver la tensión que había entre los dos hombres.

El camarero ya se acercaba con los platos elegidos mientras charlaban plácidamente y aunque Hugo tuviera muchas ganas de delatar la verdad se contuvo e hizo caso a su hermano mayor.

A la mañana siguiente Roberto fue al despacho de su padre.

—Buenos días papá. Tengo que hablar contigo de un asunto muy importante.-dijo este al entrar en el despacho.

—Buenos días, dime hijo.-dijo Miguel dejando sobre su mesa unos informes del hotel.

—No sé cómo empezar, te vas a llevar un gran disgusto cuando te enteres de lo que tengo que contarte...

—¿Qué ocurre? — Preguntó Miguel ya preocupado.

—Te lo diré sin rodeos, Hugo está enamorado de Raquel y quiere contarle la verdad de su procedencia.

—¿Cómo?! —exclamó levantándose de su asiento.

—Quería contárselo ayer pero le convencí de que lo mejor era que tú hablaras con Raquel y se lo comentaras antes, pues es a ti a quien pertenece contárselo.-explicó Roberto.

—No tendría que saberlo Hugo... debería haberme callado sobre este asunto...-dijo Miguel angustiado mientras se volvía a sentar de nuevo en su sillón, se tapó la cara con las manos, estaba demasiado abatido.— ¿Y ahora qué? Me tocará contárselo y ella se irá a buscar a su verdadera familia y nos dejará solos, no querrá volver a saber nada sobre nosotros... Eso será lo que pasará, ya lo verás...-dijo sollozando Miguel pensando en todo lo que podía ocurrir al desvelarle la verdad a su hija.

—No sabemos lo que sucederá papá, sabemos que Raquel es una chica muy inteligente y creo que no nos dejará, ya lo verás, ella nos quiere. Pero me puedo imaginar que se va a llevar una gran sorpresa al enterarse de que Hugo está enamorado de ella y no creo que sea una muy grata, puesto que Raquel siempre nos ha visto como a sus hermanos mayores y esa noticia creo que le podrá afectar mucho más que la otra.

—Lo sé ¡Madre mía! ¿No lo sabrá vuestra madre, verdad? Sólo le faltaría eso para poder echar de casa a Raquel, como siempre ha querido hacer.-dijo Miguel nervioso.

—No, no lo sabe. Papá, tienes que contarle la verdad, ella tiene todo el derecho a saber de dónde procede. Y hazlo lo antes posible o podría ser peor...

—Lo sé... ¡Uf! —dijo frotándose los ojos.-Se lo contaré, te lo prometo. Pero dile a tu hermano que se olvide de ir corriendo a declararle su amor, sólo le faltaría eso a la pobre y más después de que se entere de que es adoptada...

—Se lo diré papá.-dijo Roberto antes de abrir la puerta para marcharse.
—Haces bien en contárselo, ya verás cómo no te defrauda, aunque no lleve tu sangre tú eres su padre y eso ella lo sabe, estoy seguro.

—Eso espero, hijo, eso espero...

Miguel Santamaría se quedó solo en su despacho con una gran angustia asolando su corazón al saber que tendría que desvelarle a su querida hija, a la niña de sus ojos, que no llevaban la misma sangre, comenzó a cavilar en la forma más apropiada de contárselo.

Mientras tanto Raquel se encontraba en el gran salón del hotel donde se celebraría la fiesta el sábado siguiente. La estancia era muy espaciosa, su suelo estaba entarimado con incrustaciones de marquetería, las paredes eran de color crema y con detalles dorados, todo el conjunto lo convertía en una sala única.

Se puso a medir y preparar toda la decoración para el evento cuando alguien la interrumpió...

—Hola Raquel.— dijo Ian, el huésped al que dio la bienvenida al hotel, asomándose al salón con una sonrisa expectante.

—¡Uy! — exclamó sorprendida. —¡Hola! ¿Qué haces tú por aquí? — preguntó nerviosa al observar lo guapo que estaba con esa camisa blanca.

—Me dijo tu compañero de la recepción que estarías por aquí... ¿No te molesto, verdad? No quisiera causarte ningún problema.-dijo avergonzado mientras se acercaba donde estaba ella.

—¡No, que va! Tan sólo me has sorprendido, pero dime, ¿Necesitas algo o...?

—La verdad es que no...pero quizás sí...

—Un poco extraño eso ¿No crees?-sonrió Raquel.

—La razón de que esté aquí es simplemente que me apetecía volver a verte.-dijo mirándole fijamente a los ojos con total sinceridad.-Y me gustaría poder invitarte a comer. ¿Te apetece?

—Por supuesto. ¿Quedamos a la una?

—¡Me parece perfecto! Dime dónde.

—En el hall.

—¡De acuerdo, no me falles! — Sonrió Ian.

—No te fallaré.

Raquel se quedó otra vez sola en el salón y era incapaz de concentrarse en la organización de la fiesta pues sólo podía pensar en esos ojos azules, en sus labios carnosos, en su voz grave, en esa camisa blanca y en lo bien que le

quedaban esos pantalones e iba a comer con él, casi no podía creérselo. Ella había salido con algunos chicos antes pero Ian les daba cien vueltas a todos, era tan atractivo que dolía a la vista. Estaba nerviosa y aún eran las once de la mañana... Tenía que ponerse a hacer cosas sino no acabaría nunca.

Se le pasó el tiempo más o menos rápido. El trabajo siempre ayuda aunque de vez en cuando se sorprendiera ella misma pensando en la cita que iba a tener. Antes de que llegara la hora acordada se fue a su pequeño despacho para poder arreglarse un poco. Quería causarle una buena impresión. Se miró en el espejo que tenía en su pequeño cuarto de baño privado, se lavó la cara y se puso un poco de brillo en los labios. Se cepilló el pelo y lo recogió en una coleta. Además se puso un poco de su perfume preferido. Hoy se había puesto un vestido corto de tirantes estilo ibicenco y optó por no cambiarse, le favorecía además se sentía cómoda y guapa.

Raquel sabía que era atractiva, lo que más destacaba eran sus grandes ojos verdes, muchas veces le había preguntado a su padre, de quien había heredado ese color de ojos, pues en la familia cercana ninguno los tenía como ella, él le contaba que la madre de su abuelo los tenía de ese color, pero ella nunca pudo comprobarlo, las fotografías que tenían eran en blanco y negro. Con sus 25 años se sentía más segura de sí misma que en épocas anteriores. Su cabello rubio oscuro era largo y liso, cuando le daba mucho el sol, sobre todo en verano, lucía reflejos dorados. Igualmente en su adolescencia no fue una de las chicas más populares. Estaba demasiado encerrada en sí misma, creía que era por la falta de apoyo y cariño por parte de su madre, alguien que pasaba muy poco tiempo en casa, una extraña, alguien que nunca le había demostrado su amor y simpatía.

Cuando faltaba un par de minutos para la una del mediodía, bajó al hall, justo salió del ascensor y lo vio ahí estaba esperándola al lado de la fuente roja.

—¿Nos vamos?-dijo acercándose a Ian.

—Claro.

Salieron del hotel y caminaron por el paseo marítimo de Marbella, pues hacía un día espléndido, el cielo estaba despejado y el sol llenaba con su luz y calor en lo más alto del cielo. Había muchas personas que andaban en distintas direcciones unas a la playa, otras seguramente a sus alojamientos y otras,

como ellos, en busca de un lugar para sentarse y comer.

—¿Dónde te apetece que vayamos?—preguntó Ian.

—Um...-dijo pensativa —Si quieres podemos ir a un restaurante que está muy cerca de aquí son especialistas en comida mediterránea.-dijo Raquel.

—Me parece estupendo.— Ian hizo una pequeña pausa— ¿Eres de aquí, Raquel?

—Sí, ¿Tú de dónde eres?

—De Madrid, estoy en Marbella por un asunto familiar, mi padre tenía familia aquí y estoy arreglando una venta de una propiedad que heredó.

—Vaya, ¿A qué te dedicas, Ian?

—Soy abogado.

—Qué interesante.-dijo Raquel. Ian sonrió.

—Yo creo que sí, aunque hay gente que lo encuentra aburrido.

—Lo importante es que te guste a ti.

—Pues sí, la verdad es que disfruto mucho con mi trabajo. ¿Y tú dentro del hotel a qué te dedicas? Porque te he visto en diferentes puestos.

—Bueno... — Raquel sonrió — Mi padre es el propietario y yo le ayudo cuando puedo, en realidad en estos momentos estoy de vacaciones en mi verdadero trabajo pues soy periodista de un periódico local.

—Ah, vaya... ¿Y no tenías planes con nadie para irte de vacaciones? — Preguntó con gran interés.

—La verdad es que no. No me importa tener que trabajar en mis vacaciones, lo cierto es que lo hago encantada.

Llegaron al restaurante y se sentaron en la terraza que tenía habilitada junto al paseo. Sobre sus cabezas había un toldo blanco y las vigas eran de roble. Las mesas estaban vestidas con manteles blancos y sobre estas había jarrones de piedra con geranios de distintos colores. El camarero al verles sentarse en una de ellas se acercó ofreciéndoles el menú, ambos eligieron paella de marisco y para beber sangría. Él tomó nota y se marchó a la cocina a entregarla.

—Raquel, ¿Tienes hermanos?

—Sí, dos hermanos mayores, yo soy la pequeña de la casa. — Dijo con una sonrisa.

—¿Cuántos años tienes?—preguntó Ian.

—25, ¿y tú?

—33...Son muchos, ¿verdad?

—¡Uf, sí! ¡Menudo abuelo! — Exclamó burlándose. — ¡Eres más mayor que mis hermanos! — se rió.

—Sí, tendría que haber una ley que prohibiese salir con una chica tan preciosa y ocho años menor que yo... — Susurró mientras le miraba intensamente a los ojos.

—Sí, deberían hacer una ley así... — Ironizó Raquel mientras se sonrojaba.

En ese momento llegó el camarero con la bebida solicitada y tras marcharse este.

—Cuéntame algo de ti, ¿Tienes hermanos? — Preguntó Raquel.

—Sí, tengo un hermano, Ismael. Tiene 29 años y está en Londres trabajando también es abogado, allí tenemos familia pues mi madre es londinense mis padres se conocieron en esa ciudad, en el Hyde Park. Mi padre fue de viaje de negocios y en un rato que tuvo libre se fue a pasear por los alrededores... Cuentan que fue un flechazo.

El camarero silenciosamente les puso delante de ellos los platos pedidos.

—Qué bonita historia...

—Su noviazgo fue muy corto, enseguida se casaron y se fueron a vivir a Madrid, pues mi padre tiene una empresa ahí. Mi madre se adaptó muy bien a España, y sólo va a Londres de vez en cuando a visitar a algún familiar. — Relató.

—¿Y no te apetece ir con tu hermano a Londres a trabajar con él?

—La verdad es que viajo mucho y de momento no me he cansado. Aunque me gustaría encontrar a alguien que me hiciera frenar un poco...— Dijo Ian bajando poco a poco el volumen de voz para darle intención a la frase.

—Cuando uno está soltero todo es más sencillo, ¿Verdad?

—Sí, pero a veces también echo en falta el abrir la puerta de mi casa y encontrarme dentro a esa chica especial... Y no encontrarme, el silencio que ahora mismo se cierne sobre mi vida.

—¿Vives solo?

—Sí, desde hace unos años, ¿Y tú?

—De momento vivo en casa de mis padres. Parece que ninguno de

nosotros nos apetece dejar el nido. Lo bueno es que tenemos una casa grande y tenemos mucha intimidad, hay días que ni nos vemos.

—Siempre hay que tener un rinconcito para ti solo...

—Sí... A veces he pensado en independizarme, pero sé que le daría un disgusto a mi padre, es muy familiar, le encanta tenernos cerca, además ahora que también estoy yo en el hotel trabajando sé que es el hombre más feliz del mundo... — Raquel miró el reloj. — Por cierto me tengo que poner a trabajar ya sino no podré tener preparado el salón para el sábado.

—¿Qué pasa el sábado? — Preguntó intrigado.

—Mañana lo haremos oficial, vamos a dar una fiesta ambientada en los años setenta, y todos los huéspedes que quieran se podrán vestir con ropas de aquellos años. — Hizo una pequeña pausa — Me gustaría que vinieras...

—¿Éste sábado? — Dijo Ian sonriendo. — No me lo perdería por nada del mundo.

—Ya te buscaré algo que ponerte para la fiesta. —Le sonrió.

—Que sea algo bonito, ¿Eh? — Dijo con una sonrisa. — Bueno Raquel, yo también me debería ir, tengo que hacer una visita al comprador de la propiedad. — Dijo Ian mientras avisaba al camarero que trajera la cuenta.

Se levantaron de la mesa y salieron juntos de la terraza hacia el paseo en dirección al hotel.

—Me gustaría volver a verte antes del sábado, si tú quieres, claro...

—¡Claro!, Me apetece mucho. — Dijo Raquel sonriendo.

Mientras salían del paseo marítimo se intercambiaron los números de teléfonos y se despidieron con dos besos en las mejillas.

Raquel se fue hacia el hotel a coger su coche para ir a unos almacenes donde se podía encontrar toda clase de atuendos, tenía que alquilar bastantes vestidos y conjuntos para el sábado. Además debía pensar que se iba a poner ella, pues quería estar deslumbrante para Ian, cada vez le gustaba más, no era solo que era atractivo sino además muy simpático y le encantaba la manera que tenía de mirarla. Era muy sexy.

Mientras tanto en el gran despacho de Miguel Santamaría, entró Hugo.

—Papá dime, ¿Qué querías?-preguntó al mismo tiempo que se sentaba frente de su progenitor.

—Quería hablar contigo sobre Raquel.-le dijo con el rostro serio.

—Me ha contado Roberto que vas a hablar con ella, ¿No?

—Sí, en cuanto la vea, ahora no para casi por el hotel con todo el tema de la fiesta y no quiero contárselo en casa porque sé que vuestra madre se ensañará con ella. Pero lo que quería hablar contigo es sobre tus sentimientos hacia Raquel, tu hermano me ha contado que estás enamorado de ella. — Dijo Miguel con gesto cansado.

—Papá, la amo, no entiendo cómo ha ocurrido y además he salido con más chicas para olvidarla pero siempre les veía algún defecto al compararlas con ella. Me he cansado de luchar por esconder mis sentimientos. No puedo vivir sin ella, necesito verla, abrazarla, hablar con ella todos los días y me tengo que frenar por no besarla...— Dijo con emoción.

—Hijo...— Hizo una larga pausa intentando encontrar las palabras adecuadas.-Cuando yo le cuente la verdad va a ser un duro golpe para ella, te ruego que esperes un tiempo prudencial para declararle tu amor. Date cuenta que ella siempre te ha visto como un hermano...

—Sí, eso ya lo sé... No se lo voy a decir el mismo día que tú se lo cuentes, pero tampoco me voy a esperar meses. Papá, llevo enamorado de Raquel desde hace dos años. ¡Dos años! — Exclamó Hugo. — Intentando olvidarla y amándola cada vez más. Papá, sé que ella sería feliz conmigo, nos llevamos genial, congeniamos tanto...

—De acuerdo, la amas... Me ha quedado claro.-dijo interrumpiéndole.— Yo lo único que espero de todo esto es que Raquel siga con nosotros... No sé qué haría si ella...— Dijo Miguel tristemente.

—Papá la conozco no se va a ir. — Dijo convencido.

—Ojalá sea así...

Miguel se quedó pensativo, él la había criado como a su propia hija, era uno de ellos. Qué más daba que no llevara su misma sangre, al fin y al cabo la verdadera familia se compone de amor y cariño, no sólo de genética. Y ahora estaba viendo como su familia poco a poco se rompía ante sus propios ojos. Claro que él se había dado cuenta que su hijo pequeño estaba saliendo con clones de Raquel, todas se parecían en algo a ella, pero él esperaba que encontrara a alguna chica lo bastante buena como para que se enamorara de ella y se acabará olvidando de su hermana. Pero, claro, no podía conformarse, quería a la original, la amaba.

Raquel había sido su salvación aunque su mujer no la podía ni ver. Alicia, su esposa, empezó a obsesionarse con su físico y cuando pasó un año del nacimiento de Hugo él le sugirió que quería tener otro hijo, quería una niña, pero ella se negó rotundamente, puesto que ya le había costado mucho volver a su talla ideal y no quería volver a empezar por tanto se olvidaron del tema más hijos. Pero desde que Miguel decidiera adoptar a Raquel su matrimonio empezó a desmoronarse, ahora creía que estaba llegando a su fin, Alicia no paraba de viajar y casi nunca la veía por casa, siempre ha sido la mujer de su vida, la amaba muchísimo, pero le decepcionó sobremanera el ver cómo menospreciaba a su queridísima Raquel, que adoptada o no era su hija, para él así era, por eso empezó a estar más volcado en ella, que en sus propios hijos, pues quería rellenar ese hueco vacío por parte de la madre. Y así fue como tuvo un día que contarles a sus hijos que esa niña tan adorable no era su hermana, Roberto sólo contaba con nueve años cuando se enteró. Lo hizo porque quería que sus hijos entendieran el porqué hacía más caso a Raquel que a ellos, además él no deseaba que sus hijos creyeran que no los quería, pensaba que obraba bien al sincerarse con ellos pero ahora se daba cuenta que se equivocó, pues lo único que había conseguido era que su hijo pequeño estuviera enamorado de su hija adoptiva.

CAPÍTULO 3. LA CITA



A la mañana siguiente, Raquel se levantó temprano y salió de su casa con mucha prisa. Había quedado con un proveedor en su almacén. Tenía que encontrar la mejor decoración para la fiesta. Le divertía mucho trabajar en el hotel. Para ser sincera consigo misma, le gustaba más éste trabajo que el del periódico. Quiso hacer algo distinto, quería saber si valía por sí misma, no por ser la hija del señor Santamaría. Eligió el periodismo como vía de escape. Pero ahora, con el paso del tiempo, se había dado cuenta de su equivocación. Estaba a gusto trabajando con sus hermanos y su padre. Además, ya había demostrado que valía por ella misma, era una tontería alargar más la farsa. Cuando pudiera, hablaría con su padre. Sabía que se iba a poner muy contento, pues su sueño era tener a sus tres hijos junto a él al frente del negocio. En cuanto se lo contara a su padre, hablaría con su jefe en el periódico y le presentaría su renuncia lo antes posible.

Raquel se sentía feliz al tomar esa decisión. Se había dado cuenta de que lo tenía todo: un trabajo que le encantaba, un padre y dos hermanos a los que adoraba y un chico al que acababa de conocer que le gustaba mucho y temía poder llegar a enamorarse de él. Al recordar a Ian no pudo disimular una sonrisa. Algo había en él que le atraía mucho y no iba a desperdiciar la oportunidad que tenía para averiguar que era, desde que lo vio aparecer en el hotel no dejó ni un instante de pensar en él, se armó de valor y cogió su teléfono móvil y marcó el número de Ian.

—¡Hola!-dijo Ian desde el otro lado del teléfono.-Justo ahora estaba

pensando en ti...

—¿Ah, sí? Qué casualidad, yo también...-dijo feliz de escucharle.—
¿Quedamos esta tarde? ¿Te viene bien? —Sí, esta tarde no tengo nada
previsto. Sobre las cinco de la tarde estoy libre...

—¡Perfecto! Había pensado en invitarte a mi casa: esta tarde no habrá
nadie allí, y podríamos pasar la tarde en la piscina. ¿Qué te parece?

—Me encanta la idea. ¿Cómo quedamos?

—Te recojo en el hotel y nos vamos en mi coche. ¿A las cinco entonces?

—¡Ahí estaré!-exclamó.

Colgó el teléfono y sus ojos se iluminaron con las posibilidades de aquella
tarde.

La mañana se le pasó deprisa. Ya disponía de todo lo necesario para la
fiesta, lo único que le quedaba era preguntar a sus hermanos si ya lo habían
preparado todo. Desde el lunes no los había visto, y ya era miércoles. Sólo
quedaba tres días. Lo tenía todo encargado, había quedado con los
proveedores para que le hicieran llegar todo lo que había comprado al hotel el
viernes, para tener tiempo de sobra de montarlo y prepararlo.

Salió pronto de los almacenes y decidió pasar por un supermercado
cercano y comprar algún tipo de aperitivo. Casi todo lo que había en su casa
era demasiado refinado. Su madre obligaba a comprar esas cosas a la
sirvienta, para posibles visitas de sus amistades. Llevó la pequeña compra a
su casa. Se puso un bikini de estampado azul y blanco, y encima un vestido de
lycra de color azul celeste. Cogió el coche y se fue al hotel. Ahí estaba él, con
una camiseta negra entallada, que dejaban entrever su torso musculoso y unos
pantalones cortos en color verde, esperándola en la puerta de entrada. Al verla
se subió al coche.

—Hola-dijo Ian mientras cerraba la puerta del copiloto.

—Hola Ian. ¿Qué tal la mañana?-preguntó mientras ponía en marcha el
coche.

—Con mucho trajín, acabo de llegar hace unos minutos. Me ha dado el
tiempo justo de ponerme un bañador y bajar a esperarte.

—¿Tienes que volver a Madrid muy pronto?

—Bueno, tengo que volver el viernes de la semana próxima...-hizo una
pequeña pausa —pero puedo volver el domingo-dijo sonriendo. Raquel

también sonrió.

—Mira, ya estamos. Ésa es mi casa.-indicó mientras entraba su flamante coche rojo, en la gran propiedad de los Santamaría.

La construcción era impresionante, tenía una parcela de 3.000 m². Su casa de estilo atemporal se componía de tres alturas, una piscina de 50 m² y una casita de piscina de unos 200 m². Todo era verde: el césped, los arboles, las palmeras... y contrarrestaba con el color blanco de los edificios. Ian se quedó fascinado. Era una casa de ensueño, de las que se ven en las revistas de decoración. Estaba acostumbrado a ver casas lujosas, pues él vivía en la urbanización de La Moraleja, en Madrid, pero esa casa era descomunal.

Raquel aparcó el coche en el garaje y se bajaron de él.

—Tienes una casa maravillosa.-dijo Ian, mientras salían del garaje.

—Gracias. Mi padre la hizo construir cuando conoció a mi madre, hace ya 35 años.

Raquel dirigió a Ian hacia la piscina, que se encontraba a la izquierda del garaje. Entraron en la casita de madera que había junto a ella.

—He comprado algo para comer. Ayúdame a coger esto —dijo dándole a Ian una bolsa con todo tipo de snacks salados.-Vamos a fuera, estaremos mejor dentro del agua. Hoy hace un calor agobiante. Además, me abre el apetito nadar un rato.-dijo mientras cogía una coqueta nevera portátil con bebida fresca.

En la piscina dejaron cerca de una sombrilla todas sus provisiones. Raquel se quitó el vestido, y se zambulló grácilmente en el agua cristalina. Ian no pudo apartar la mirada de aquella chica tan peculiar, tan hermosa y con esas largas piernas bien torneadas. Cuando la vio detrás de la recepción le hechizaron sus ojos, se sentía muy afortunado de estar aquella tarde con ella. La siguió con la mirada hasta que ella llegó al otro extremo de la piscina. Entonces se quitó la camiseta y también se tiró al agua. Llegó al lado de Raquel en un santiamén. Estuvieron nadando uno junto al otro y divirtiéndose echando carreras, a ver quien llegaba antes hasta el otro extremo de la alargada piscina. Estaba bastante reñido, pues los dos nadaban muy bien.

Raquel estaba agotada. Se fue hacia la escalinata y se apoyó en uno de los peldaños que subían a la superficie. Ian la imitó.

—Eres increíble.-dijo Ian mientras le apartaba un mechón de su cabello de

la cara.-Me gustas mucho, Raquel.

Ian se acercaba cada vez más y Raquel notaba el calor de su cuerpo, la mirada de deseo que él desprendía mientras sus labios buscaban los de ella. Se besaron ardientemente. Raquel lo cogió apasionadamente por la nuca y se acomodó a su cuerpo musculoso. Ian la abrazó por la cintura y la estrechaba cada vez con más fuerza. Se fundieron en un primer beso inolvidable.

—¡¡RAQUEL!!-gritó Hugo al ver la escena que tenía delante de él...

Hugo estaba fuera de sí, no podía creer lo que estaba viendo. Su amada besando a otro. Tenía que besarle a él, no a ése. Había salido antes del trabajo para verla, para estar un rato con ella a solas... Sabía que todas las tardes nadaba en aquella piscina, siempre a la misma hora. Por eso se acercó a su casa. Hugo había soñado tantas veces con el roce de los labios de Raquel, que no podía creer que aquel tipo, al que no conocía de nada, le estuviera robando lo que él tanto anhelaba. Él que tantas oportunidades había tenido para dejarse llevar y besarla y amarla pero se había tenido que frenar para no asustarla, para que no pensara que se había vuelto loco. Aunque si lo pensaba bien sí estaba loco, pero por ella. Adoraba todo en ella. Cuando reía su rostro resplandecía, cuando se sentía feliz y bailaba por la casa, cuando le regañaba por ser tan descuidado y loco, cuando lo abrazaba, cuando usaba esa ironía suya tan característica... Era una lista interminable. Hugo sabía que podía resumir en unas pocas palabras todo aquello: Raquel era la mujer de su vida y lucharía por ella.

—¡Hugo!-dijo sorprendida y un poco ruborizada.— ¿Qué haces en casa?

—Venía a verte —dijo fulminando con la mirada a Ian que aún se encontraba demasiado cerca de Raquel, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no coger a ese chico que le miraba confuso y sacarlo de una patada de su casa.

—¡Ah! Pero es que hoy estoy con un amigo. Anda, hermanito, sé bueno y déjanos solos, ¿vale? Ya hablaremos en otro momento.-dijo sonriente.

—¿Hermanito?-ironizó Hugo. Su mente se nubló al escuchar esa palabra que tantas veces se había repetido para poder olvidarla y no sentir ese amor por ella. —¡Yo no soy tu hermanito!— gritó enfadado liberándose al fin.

—¿Qué estás diciendo Hugo?-preguntó extrañada Raquel.

—¡Eres adoptada!-dijo enojado, diciendo cada palabra con gran rabia, se

había cansado de fingir, ver a Raquel con otro chico fue la gota que colmó el vaso.

—¿Qué?! ¿Pero qué estás diciendo?-dijo aturdida.

Salió a toda prisa de la piscina, para poder hablar mejor con Hugo. Ian se quedó dentro del agua, sin hacer ruido, limitándose a escuchar lo que pasaba en aquel jardín.

—Lo que oyes... Yo no soy tu verdadero hermano. ¡Tú no eres una Santamaría!-dijo alterado.

—Soy adoptada...-susurró. —¿Por qué papá no me lo ha contado antes?

—Creía que te irías al saberlo...-dijo un poco más sosegado al ver la cara de confusión que tenía Raquel.

—Irme...-murmuró pasmada por la noticia.

—Raquel...-dijo cogiéndole la mano. —Yo... lo siento mucho.-dijo mirando a las manos entrelazadas, avergonzado por su actitud.-No tenias que haberte enterado así, pero al verte con ese chico.-dijo señalando con la cabeza a Ian.-Me he vuelto loco de celos. Y no he podido pensar... Sólo quería que te dejara de besar y...

—¿Celos?-musitó paralizada.

—Raquel... yo te amo.-dijo mirando a esos ojos verdes que tanto adoraba por los que estaba dispuesto a entregar su vida.

Lo miró a los ojos sorprendida, mientras le soltaba la mano. En su cara reflejaba su confusión.

—Te amo desde hace dos años, dos interminables años. Intentando no quererte y sin conseguirlo pues cada vez te amaba más y más. A veces pienso que es desde siempre que albergo este amor. ¡Estoy loco por ti! Sé que serias feliz conmigo, estoy completamente seguro... No me mires así, por favor, desde muy pequeños sabíamos que eras adoptada, tanto Roberto como yo.

—¿Lo sabíais? —susurró, casi no podía hablar, notaba un nudo en la garganta que a cada segundo crecía más.

—Sí, nuestro padre nos hizo prometer que nunca te desvelaríamos el secreto, pero...

—¿Hugo! No, no me digas nada más. Ahora mismo no sé qué decir. Esto es muy repentino, yo solo necesito respuestas... Tengo que hablar con papá. No puede quedarse así.

—De acuerdo, te esperaré para hablar contigo a solas...-dijo volviendo a mirar de reojo a Ian.

Pero no le escuchó. Estaba nerviosa, tenía que volver al hotel lo antes posible. Y su cita con Ian tenía que terminar ahora mismo, pues ella necesitaba aclarar todo esto.

—Ian, lo siento. Te llevo al hotel, tengo que hablar con mi... padre.-dijo Raquel mientras se ponía el vestido encima del bikini mojado.

El trayecto en coche hacia el hotel fue silencioso. Raquel no podía aún articular palabra, sólo tenía en mente llegar lo antes posible, para conversar con su padre. Ian se mantuvo en silencio, la veía muy desconcertada, y sabía que cuando se aclarase hablaría con él. No debía presionarla en aquel momento.

Llegaron y bajó del vehículo rápidamente. Se fue directamente hasta el despacho de su padre y abrió la puerta sin llamar.

—¡Papá!-exclamó nerviosa.

—¿Qué te ocurre?-preguntó preocupado al ver el aspecto desaliñado que llevaba. Tenía el vestido mojado del bikini, y el cabello alborotado.

—Hugo me acaba de decir que soy adoptada.

—¿Cómo?! —exclamó sorprendido.-Madre mía... ven siéntate a mi lado.-se levantó y se dirigió al sofá de tres plazas que tenía en su despacho.-Hija, lo siento mucho. Te lo quería contar yo... ¿Cómo estás?-preguntó cogiéndole la mano.

—Me siento engañada... ¿Por qué no me lo has contado antes? Es una cosa que debía de saber, ya no soy una niña.

—Lo sé, pero tenía miedo de perderte. Raquel eres mi hija, aunque no llevemos la misma sangre.-dijo abatido.-Supongo que Hugo no te ha contado la historia.-Raquel negó con la cabeza.-Hace 25 años te encontré en el hall de este mismo hotel. Estabas detrás de un sofá, te habían puesto dentro de una canastilla de mimbre. Fui yo quien te encontró, pasé por ahí por casualidad y te oí llorar. Te cogí en brazos para tranquilizarte y al cogerte, vi una nota. La nota estaba escrita a lápiz y ponía: “Se llama Raquel. Nació el 21 de Enero. Por favor, cuiden de ella porque yo no puedo.”-Raquel se puso a llorar, la habían abandonado, le resultó duro escuchar esas palabras.-Mi primer pensamiento fue en llevarte a un centro de acogida, para que alguna familia te

adoptara. Pero al verte la cara ya no pude separarme de ti. Creí que era una señal, el encontrarte yo y no un empleado, y por eso te adopté como mi hija. Hice todo lo necesario para que fueras una Santamaría. No me arrepiento, Raquel, eres lo mejor que me ha pasado en ésta vida, junto a tus hermanos.-se abrazaron los dos con los ojos llenos de lágrimas.-Lo siento mucho, pero no sé nada más...

—Gracias papá por haberme acogido. No puedo imaginar a un padre mejor que tú...-dijo mientras se tranquilizaba.— ¿Es por eso que mamá no me quiere?

—Tu madre es muy terca, ya lo sabes. Ella no quería tener más hijos. Cuando llegué ese día contigo en brazos, se volvió loca. Decía que con dos hijos ya era suficiente, que tenía que dejar que otra familia te adoptara... Pero no pude apartarme de ti. Date cuenta de una cosa: tu madre siempre ha conseguido todo lo que ha querido de mí. Tú eres su mayor fracaso. No consiguió hacerme cambiar de idea.

—Vaya...-suspiró.

—Y... ¿te ha contado algo más Hugo?

—Sí, que está enamorado de mí...-dijo con un hilo de voz aún sorprendida por la revelación.

—Ya veo... ¿Cómo te encuentras?-preguntó inquieto.

—La verdad es que todo parece un mal sueño... Ésta mañana todo era perfecto y en cuestión de minutos todo se ha ido al traste. Me siento rara, muy confundida por todo.

—Es normal que te sientas así, cariño. Lo que necesitas es poner en orden tus pensamientos.-dijo aliviado al ver la reacción tan buena que tuvo Raquel al conocer la verdad. Él creía que saldría corriendo de sus vidas.

—Sí...Necesito estar sola, recapacitar... Pero no puedo volver a casa, pues Hugo me está esperando para hablar de lo ocurrido. Y no puedo, papá. Aún no puedo hablar con él, no sé qué decirle. No sé lo que él quiere oír de mis labios. Para mí siempre ha sido mi hermano, no sé qué pretende... Todavía estoy asimilando todo esto y no puedo centrarme en una respuesta que no le haga daño.

—Haz una cosa, cógete una habitación del hotel y quédate el tiempo que te haga falta. Yo iré a casa y te recogeré algo de ropa y tus enseres.

—Me parece una buena idea. Gracias papá. Te quiero mucho.-Raquel le dio un tierno beso en la mejilla.-No tenías que haber temido tanto el contármelo. Lo único que me duele es que no me lo contaras antes, sigo siendo la misma...

—Lo sé... Lo siento, de verdad. Pero que no se te olvide nunca: te quiero mucho. Eres mi hija y siempre lo serás...

—No se me olvidará, pero me tienes que prometer que no habrá más mentiras.

—Nunca más, te lo prometo, hija mía.

—Bueno me voy, necesito reflexionar...

—Descansa, nos veremos mañana por la mañana.-dijo mientras la veía salir por la puerta de su despacho y la tranquilidad invadía su despacho. La había juzgado mal. Era la mejor hija que un padre podría tener. La adoraba.

Raquel se fue hacia el ascensor y subió a la tercera planta. Se dirigió a la habitación de Ian, llamó a la puerta y éste abrió. Sin decir palabra, entró en la habitación y se sentaron en un pequeño sofá de dos plazas.

—¿Qué tal estás?-preguntó Ian.

—He estado mejor.-dijo guiñándole un ojo.-No sé, me encuentro extraña... Toda mi vida he estado engañada... Pero no puedo culpar a mi padre: me acogió y me hizo un hueco en su familia. Me crió como si fuera su hija. —dijo apenada.

—Raquel, lo eres. ¡Qué más da que seas adoptada! Él te ha criado, ha estado contigo cuando tú lo has necesitado. Te ha querido como quiere a sus hijos.

—Lo sé. Por eso no me he podido enfadar con él. Miguel me lo ha dado todo, qué más da quien me haya dado la vida.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Vas a buscar a tus padres biológicos?

—No, ellos en 25 años no se han preocupado en encontrarme, ¿Para qué esforzarme yo en buscarlos? Ellos me abandonaron...

—Y, con tu hermano, ¿Qué vas a hacer?

—Con Hugo... No lo sé, Ian... Siempre lo he visto como a mi hermano, es muy difícil verlo ahora de otra forma distinta. Pero tampoco quiero hacerle daño...

—Él estará esperando a que llegues...

—Me voy a quedar unos días en el hotel a dormir, no puedo hablar con él ahora, compréndeme. Necesito asimilar todo esto.

—Raquel, vente conmigo a Madrid.-dijo con decisión.-Necesitas un cambio de aires. Piensa que son unas pequeñas vacaciones... Nos podríamos ir antes, no me hace falta estar toda la semana que viene. Podría tener las gestiones terminadas en un par de días. Y nos podríamos ir juntos.-dijo mientras le cogía de la mano.

—No sé, Ian... Deja que lo piense, ¿vale? Aunque la idea suena fenomenal. Pero no me puedo ir antes del sábado. El sábado es la fiesta y quiero que salga todo perfecto. He trabajado duro para ello.

—De acuerdo, saldríamos el domingo. Consúltalo con la almohada, ¿vale? Me puedes responder cuando quieras, incluso el mismo domingo.-dijo ilusionado ante la idea de tenerla a su lado.

—Gracias Ian, de verdad. Ya te diré algo. Ahora me voy a ir a mi habitación. Necesito estar sola. Ya te llamo, ¿de acuerdo?-dijo mientras se dirigía a la puerta.

—Cuando tú quieras a la hora que quieras. Me tienes aquí para lo que necesites. — Ian le dio un abrazo.— Cuídate.

Bajó a la recepción y cogió la llave de una habitación. Subió de nuevo en el elevador y llegó a la séptima planta, donde se encontraba el cuarto. Al salir del ascensor se encontró con Roberto, que estaba ahí para supervisar un encargo que le había hecho a una empresa de decoración.

—¡Hola Raquel! Chica, ¿dónde te metes? Hace unos días que no se te ve el pelo.-dijo acercándose a ella.

—Ya ves, trabajando...-susurró sin levantar siquiera la mirada de sus manos, que aferraban la llave.

—¿Te ocurre algo?-preguntó preocupado.

Al escuchar a Roberto, rompió a llorar, sacando toda la frustración que tenía dentro. Él la abrazó fuerte. Se sentía segura en sus brazos.

—Shhh... Ya está... tranquilízate... todo se arreglará.-susurró Roberto sin dejarla de abrazar.

Roberto vio la llave que llevaba en su mano, la cogió y abrió la puerta de la habitación. Entraron abrazados, se sentaron en la cama, y dejó que Raquel se desahogara. No podía articular palabra: sólo necesitaba llorar.

Roberto se imaginó lo que la angustiaba. Se imaginó que ya debía de saber la verdad y, por lo tanto, no le preguntó nada. Sólo estuvo ahí, abrazándola, acariciándole la espalda, diciéndole que todo saldría bien, que él estaba con ella, que siempre estaría a su lado.

Cuando ya hubo derramado todas las lágrimas que podía tener, Raquel se quedó dormida abatida, pues había sido un día muy largo. Había comenzado la mañana de una forma espectacular. Se había armado de valor y había llamado a Ian para poder estar con él a solas en su casa. Cuando creía que no podía ser más feliz, estando en los brazos de ese maravilloso chico, besando aquellos labios carnosos y sensuales, llegó Hugo. Pensó en lo inoportuno que fue éste. ¡Ya podía haber elegido otro día para contarle la gran verdad...! Le desveló el secreto que haría que su vida diera un giro de 180°, que se tambaleara y que ni siquiera se reconociera. Estaba exhausta de tanto llorar y de pensar en lo acontecido. Le dolían los ojos y casi no los podía mantener abiertos. Se sentía cómoda y protegida en brazos de Roberto, siempre podía contar con él. Lo quería tanto...

Roberto la acomodó en la cama y con mucho cuidado salió de la habitación para no despertarla. Antes de irse dejó una nota en la almohada, donde le decía que descansara y que al día siguiente iría a verla. La dejó descansar. Antes de cerrar la puerta la observó un instante más. Aún llevaba el vestido de lycra que ya se le había secado, el pelo lo tenía todo alborotado y los ojos estaban hinchados de llorar. Aun así, Roberto pensó en lo preciosa que se veía en aquel momento. Odiaba verla sufrir, no le gustaba que de sus increíbles ojos verdes se escapara ni una sola lágrima, ella se merecía ser feliz y él le ayudaría a serlo. Se fue a hablar con su padre: quería saber qué había ocurrido para que Raquel estuviera tan triste, aunque lo suponía. Se fijó en la hora que era, y se fue hacia su casa, su padre ya estaría allí.

CAPÍTULO 4. LA FIESTA



Roberto entró en su casa y se encontró con su padre, su hermano y su madre en el gran salón discutiendo acaloradamente. Quería hablar a solas con su padre sobre Raquel. No quería hacerlo delante de Hugo, pues intuía que algo tenía que ver él en esto, pero al escuchar un poco la conversación que mantenían, se dio cuenta de que ya ellos tres estaban hablando del tema que le preocupaba.

—¡Yo esto ya lo sabía!-exclamó indignada Alicia.-Si era solo cuestión de tiempo. Te lo dije, Miguel, no la adoptes, nos traerá problemas, ¿y ves? Yo no me equivoco nunca. Eso sí, ahora que ella ya lo sabe, que no pise esta casa. No la quiero volver a ver más.-dijo alzando la voz.

Alicia era una mujer muy bonita, de estatura media y una figura esbelta que trabajaba todos los días con su entrenador personal. Se había hecho muchos retoques de cirugía para no aparentar la edad que tenía, 55 años. Siempre vestía ropa de diseñadores muy prestigiosos de España y de Italia. Iba siempre impoluta. El pelo, castaño oscuro, lo llevaba perfectamente peinado y casi todos los días iba a la peluquería. Vivía para y por su imagen.

—Mamá, ¿pero te estás escuchando?-preguntó irritado Roberto mientras se acercaba a ellos.— ¿Qué te crees, que porque Raquel sabe que es adoptada, ya no pertenece a esta familia? Qué equivocada estás... Ésta es su casa, te guste o no. Y me gustaría que alguien me explicara qué ha pasado.-dijo mirando uno por uno a todos los miembros de su familia. Por último miró a Hugo.— ¿Qué ha ocurrido? No te has podido aguantar y se lo has tenido que decir, ¿verdad?-preguntó serio, adivinando lo ocurrido.

—¿Cómo lo sabes? ¿Es que has hablado con ella? — preguntó Hugo expectante. Necesitaba saber algo de Raquel.

—No, no he hablado con ella, pero no hay que ser un genio para averiguarlo.

—No lo comprendes, la pillé aquí en casa besando a otro chico. ¡Delante de mis narices!-dijo Hugo alterado al recordar la escena.

—¿Y qué? Ella es mayorcita para besar a quien quiera. Y no necesita pedir permiso, ni a ti ni a nadie, para hacer lo que crea oportuno.

—Me volví loco...-aceptó arrepentido.-Sé que me equivoqué, y quiero pedirle perdón. Se lo conté todo, lo de la adopción, lo de mis sentimientos, todo... No me pude callar, el ver que estaba en los brazos de otro, eso acabó con la poca paciencia que tenía. Lamento tanto mi reacción, todavía recuerdo su cara...-dijo tristemente, aún tenía grabada en su mente la mirada de confusión de Raquel.

—Eso ya no se puede remediar...-intervino Miguel.-Ahora lo que tenemos que hacer es darle nuestro apoyo. Que no se sienta sola. Ya he hablado con ella.-se dirigió a Roberto.-Y no está resentida conmigo.

—¡Hala, corred todos a buscarla!— exclamó ofendida Alicia por como la querían todos.— ¿Es que no lo veis? No es de nuestra sangre. Es una extraña. ¡No es una Santamaría!

—¡CÁLLATE MADRE!— gritó furioso Roberto.— Aquí la única extraña eres tú. Nosotros la queremos. No puedo vivir bajo el mismo techo que tú. Me tienes hartos. Siempre menospreciándola, como si fuera un estorbo.-dijo mirando a su madre.-Serás mi madre pero no me has dado el cariño que me ha dado ella. Siempre he podido contar con ella, en cambio de ti no puedo decir lo mismo. Nunca estabas para nosotros, preferías la compañía de tus amistades que de tu propia familia. Lo siento papá, ya no aguanto más, me voy de aquí.-informó aproximándose a la puerta del salón.

—¡Roberto!-exclamó sorprendida Alicia-¿La prefieres a ella antes que a tu propia madre, sangre de tu sangre?

—Sí, la prefiero mil veces más que a ti. Tú cambiaste mucho desde que la adoptó papá. Casi ni te reconozco... Eres una desconocida para mí.-se fue, dejando en el salón a su familia.

—¿Ves como me ha hablado tu hijo? Y todo por culpa de esa niñata.-dijo

enfurecida Alicia, sin dar crédito a lo que veían sus ojos: su primogénito prefería a esa chica antes que a su propia madre.

—¡Alicia! Esa niñata es mi hija. La culpa la tienes tú, por ser tan egoísta. Si no cambias, al final te quedarás sola.-dijo Miguel abandonando la sala.

—Hugo, hijo mío...-musitó Alicia acercándose a su hijo menor.

—No mamá, ahora no... Lo que has dicho de Raquel me ha dolido. Yo la amo. Te guste a ti o no.-advirtió Hugo yéndose de la estancia.

Alicia se quedó sola en medio del enorme salón de su magnífica casa. A su alrededor sólo había silencio y en su interior crecía, cada vez más, el odio que tenía hacia esa niña a la que un día su marido decidió adoptar. Esta batalla la había ganado Raquel, pero esperaba ganar ella la guerra. Esto no podía quedarse así, sentía que le habían robado el amor que debían sentir ellos hacia ella pues era la madre, la esposa... Y preferían antes a Raquel...

Miguel subió a la habitación de Roberto. Se imaginaba que estaría ahí, para recoger sus cosas. Llamó a la puerta con los nudillos y abrió sin esperar respuesta. Se encontró encima de la cama varias maletas abiertas y a éste metiendo ropa y enseres dentro. Cerró la puerta tras de sí y se sentó sobre ella.

—¿Te vas hijo?-preguntó, abatido, mirando los vaivenes de Roberto.

—Sí papá, no puedo con mamá, estoy harto de sus desprecios hacia Raquel.-dijo nervioso mientras metía dentro de las maletas sus cosas.

—¿A dónde te vas?

—Esta noche me quedaré en el hotel, y mañana empezaré a buscarme un apartamento.

—Quédate ahí el tiempo que necesites...-hizo una pausa.-...tu hermana está también en el hotel.

—Lo sé, la he visto.

—Todo esto es culpa mía, se lo tenía que haber contado hace mucho tiempo. Y así seguiríamos viviendo todos bajo el mismo techo.-dijo tristemente.

—Papá, no te mortifiques más. Piensa que algún día teníamos que independizarnos. Yo ya tengo 32 años.

—Lo sé...-se quedó pensando mientras observaba a su hijo.-Cuando se entere Raquel de que te has ido de casa, dudo mucho que vuelva... Siempre has sido su mayor apoyo.

—Eso no lo sabemos, a lo mejor vuelve. Quizá hable con Hugo y lo solucionen. Lo único que podemos hacer es esperar a que ella se tranquilice y se acostumbre a la idea.

—Sí... Roberto por favor, ella siempre ha confiado en ti, no la defraudes. Cuídala.

—Papá, la cuidaremos entre todos.

Roberto cerró las maletas y le dio un abrazo a su padre.

—Todo se arreglará, ya lo veras.-dijo mientras salía de su habitación.

Miguel se quedó solo en la que había sido la habitación de su primogénito, con un gran vacío en su corazón. Veía que su familia poco a poco se estaba rompiendo, y él no podía hacer nada.

Raquel se despertó a la mañana siguiente con un terrible dolor de cabeza. Miró alrededor y no vio a Roberto, sólo una nota que estaba encima de la cama: “Raquel, me voy para casa. Ya hablamos mañana. Descansa y cuídate. Roberto.”

Roberto era más que su hermano, era su mejor amigo. Siempre estaba cuando lo necesitaba. Era su gran apoyo. Menos mal que lo tenía a su lado. Ahora tenía a alguien más, a Ian. Pensó en la idea de irse a Madrid, unos días para despejarse. Le apetecía cambiar de aires, pero no quería que su padre pensara que lo abandonaba. Tendría que hablar con él para explicárselo.

Miró la hora en su teléfono móvil y se levantó de la cama. Estaba un poco mejor que ayer. El nudo de la garganta desapareció al llorar tanto. Se dio una ducha para animarse. Cuando hubo terminado se dio cuenta que no tenía más ropa que la que llevaba del día anterior.

Llamaron a la puerta de su habitación, Raquel se puso el albornoz del hotel y fue a ver quién era.

—¿Quién?-preguntó Raquel desde dentro.

—Soy yo, te he traído algo de ropa.-dijo Miguel Le abrió enseguida.

—Eres mi salvación, gracias.-dijo dejándole pasar a la estancia.

—¿Has podido descansar algo?...-preguntó dejando la maleta encima de la cama.

—Sí, he podido dormir un poco.-sonrió levemente.

—Hugo te está buscando para hablar contigo.

—Ya, tengo veinte llamadas perdidas de él en mi móvil. Ya hablaré con él

— hizo una pausa.-Papá, he conocido a un chico maravilloso, se hospeda aquí y nos gustamos.

—¡Eso es maravilloso! ¡Me lo tienes que presentar!-exclamó entusiasmado Miguel.

—Sí, lo haré. El caso es que ayer me propuso que me fuera unos días con él a su ciudad, a Madrid.

—Me parece genial. Ahora lo que necesitas es despejarte y pensar en otras cosas.

—Qué bien oírte decir eso, creí que te enfadarías.-dijo aliviada.

—He estado 25 años temiendo contarte la verdad porque creía que saldrías corriendo de mi lado. Ayer me di cuenta de que me equivocaba. Nuestra relación no ha cambiado y soy feliz por ello.

—Has estado temiendo sin motivos...

—Sí, me monté yo solo una película.-dijo sonriendo.-Por tanto, si te apetece irte con ese chico unos días, a mi me parecerá bien.

—Aún lo estoy pensando... Ya te lo confirmaré.

—De acuerdo.-hizo una pausa.-Quería decirte una cosa. Ayer, Roberto se fue de casa.

—¿Por qué?-preguntó sorprendida

—Ya se ha hartado de tu madre. No la soporta más y anoche se fue. Esta noche ha dormido aquí, en el hotel-dijo con tristeza Miguel.

—Hablaré con él...

—Bueno, te dejo. Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.-dijo Miguel saliendo de la habitación.

—¡Hasta luego, papá y gracias por la ropa!-exclamó Raquel antes de que se cerrara la puerta.

Abrió la maleta y sacó su ropa. Se puso un pantalón corto y una camiseta de tirantes. Luego llamó por teléfono a Roberto.

—Hola.-dijo al descolgar el teléfono móvil.

—Hola, ¿vienes tú o voy yo? Tenemos que hablar.

—Voy yo.-dijo Roberto. Colgó y se fue hacia la habitación de ella.

A los pocos minutos llegó. Raquel le abrió y entró. No traía buena cara, pues había pasado una mala noche. Roberto le contó todo lo acontecido la noche anterior y no le sorprendió al escuchar lo que opinaba su madre de ella.

Lo bueno de haber descubierto la verdad era que a Raquel ya no le importaba lo que pensara, y ahora por lo menos no se sentía culpable de no querer a su propia madre. Su familia se componía de tres personas, a las que siempre había querido.

Roberto, al final, averiguó lo sucedido el día anterior, y lo contrariada que estaba. Raquel, de momento, quería evitar hablar con Hugo. No quería hacerle daño y le daba miedo que al sincerarse con él pudiese perderlo y no volver a verlo jamás, pues ella quería a Hugo, pero no de la misma forma que él. También habló de Ian y del posible viaje que harían a Madrid. Se alegró al ver que Roberto pensaba igual que su padre y le animaba a que se fuera con Ian.

Estuvieron hablando casi toda la mañana. Se les pasaba el tiempo volando sin darse cuenta, hasta que a Roberto le sonó el teléfono móvil y le reclamaron para ir a trabajar. Se despidieron con un abrazo y la dejó sola en su habitación, con la promesa de que se verían más tarde.

Llegó el esperado sábado. Raquel estaba aliviada, pues ni el jueves ni el viernes tuvo que encontrarse con Hugo, puesto que con la ayuda de Roberto y de su padre pudo esquivar aquel incomodo encuentro. Tampoco pudo ver a Ian, pues éste se tuvo que ir a Cádiz a hacer unas gestiones, se fue justo la mañana del jueves, no pudo postergarlo para más adelante. Por lo menos pudo hablar con él por teléfono, aunque no era lo mismo. Sabía que llegaría para la fiesta, pues se lo había prometido. A quien sí vio fue a Roberto, quien le comentó que seguramente Hugo no asistiría al festejo de esa misma noche.

Estuvo casi todo el tiempo en el hotel, trabajando en el salón, que le quedó espectacular. Era entrar en él y retroceder a los años setenta. Esperaba que la gente que asistiera también tuviera esa misma sensación. Ayudó a Roberto a encontrar un apartamento y al final lo consiguió. Era un ático que se encontraba en el paseo marítimo, muy cerca de donde estaba el hotel, y las vistas eran asombrosas. Estaba ayudando a decorarlo y después de su jornada laboral se iban a ver tiendas de muebles y de decoración pues Roberto esperaba mudarse a mediados de la semana próxima. Ya le había dicho que había otra habitación y que si quería podía vivir con él, así no tendría que compartir la casa con su madre.

Empezó a estar un poco mejor. La rutina y el trabajo la ayudaban, aunque tenía que arreglar un asunto muy importante: Hugo. Tenía que hablar con él sin

falta, lo estaba posponiendo demasiado, ya que le daba miedo enfrentarse a él.

Empezó a arreglarse pronto. Aún quedaban un par de horas para que empezara la fiesta. Se puso un minivestido ajustado de tonalidades verdes que resaltaban su piel bronceada y sus ojos. Se calzó unas sandalias de tacón y empezó a maquillarse, resaltando su mirada. Se cardó el pelo y se hizo un coqueto recogido. Al terminar, se miró en el espejo y le gustó mucho lo que vio. Esperaba que Ian pensara lo mismo.

Tocaron a la puerta y abrió.

—¡Guau! ¡Estas preciosa!-exclamó Ian.

Ian iba vestido como en los setenta, pantalones acampanados y camisa.

—Tú también estás muy guapo.-dijo mientras se acercaba para besarle en los labios.-Estaba deseando verte...

—Estaba yo pensando... ¿y si nos quedamos en la habitación y dejamos la fiesta para más tarde?-dijo, lleno de pasión, agarrándola por la cintura y atrayéndola más hacia él.

—Tengo que estar ya abajo...-dijo dándole otro beso, aunque deseó no tener que supervisar la fiesta. Anhelaba estar en los brazos de Ian. Lo había echado mucho en falta.-La noche es joven...-insinuó mordiendo el labio inferior.

Bajaron juntos al salón del hotel. Ya se veía gente que acudía a la sala. La música disco sonaba alegremente, invitando a todos a bailar.

Miguel se acercó a su hija en cuanto la vio entrar.

—Has hecho un trabajo maravilloso. Mira a esa gente, se lo están pasando muy bien.-mostró Miguel a Raquel.

—Cuánto me alegro. Papá, te presento a Ian Huriarte.-dijo haciendo las presentaciones.

—Hola, encantado de conocerle, señor Santamaría.— Ian le estrechó la mano.

—Lo mismo digo...-hizo una pausa.-me suena mucho tu apellido... Huriarte, ¿no?

—Sí, señor.

—¿De dónde son tus padres?

—Mi padre es de Madrid y mi madre es londinense.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Federico Huriarte Jiménez.

Miguel se angustió al oír ese nombre. Hacía mucho tiempo que no lo escuchaba. Intentó disimular su inquietud.

—¡Ah! No sé... Me sonará de algo...

—Mi padre tiene algún familiar que vive por aquí...

—Será eso... Bueno os dejo, voy a ver qué hace Roberto.-dijo Miguel visiblemente nervioso mientras se marchaba.

—Qué raro, ¿no?-se extrañó Ian.

—Pues sí...-dijo mirando en dirección a su padre.-Se le habrá subido el champán a la cabeza. No se lo tomes en cuenta. ¡Vamos a bailar!

No pararon de bailar y de reírse. La fiesta estaba en lo mejor. Había gente por todos los lados, todos vestidos como en los setenta, bailando, bebiendo, comiendo y riendo. Estaba siendo un éxito.

Raquel salió un momento para ir al aseo y de camino se encontró con Hugo, que iba en su busca. Sabía que la encontraría ahí.

—Hola Raquel, ¡estas preciosa!-dijo con pena Hugo.

Pudo ver que tenía ojeras y estaba desmejorado. Lo debía de estar pasando fatal, y se sintió muy culpable.

—Lo siento tanto. Debía haber tenido el valor suficiente para hablar contigo, soy una cobarde, y tú...-dijo apenada.

—No te angusties. Fui un tonto al pensar que te rendirías en mis brazos. Lo único que te puedo decir es que siento mucho todo el dolor que te he causado. No pensé en ti, sólo pensé en mí, en que necesitaba que lo supieras. Perdóname por comportarme como un imbécil. Mi única defensa por ese comportamiento es que lo hice porque estaba celoso de ese chico... Discúlpame, pero no puedo cambiar lo que siento por ti, he intentado de mil maneras distintas conseguirlo pero todo ha sido inútil.

—Hugo, ya estas perdonado. Yo te quiero mucho, pero no del modo que tú quisieras. No me gustaría que perdiéramos nuestra amistad. Sé que te pido mucho, pero quiero que seamos los de antes.

—No puedo, Raquel, compréndeme. Se me hace duro verte y no poder amarte, llevo demasiado tiempo así luchando contra mis sentimientos, algo que no ha sido fácil y ha resultado imposible de conseguir —dijo dolido.-Y es una pesadilla verte con otro hombre que no sea yo.

—Ya...-dijo tristemente.-Vaya...

—He venido para despedirme de ti. Me voy.

—¿Te vas? ¿Dónde?-preguntó preocupada.

—Eso da lo mismo. Necesito estar lejos de ti... para poder olvidarte, aunque sé que será un duro trabajo hacerlo. No estés triste, no lo merezco. He sido egoísta, te lo conté para mi propio beneficio, sin pensar en si te podía causar daño. Me lo merezco... Tenía que haber sido mejor amigo, y pensar en ti, y no solo en mis sentimientos...

No podía decir nada. Se le hizo un nudo la garganta. Era Hugo, siempre lo había querido. Era su amigo. Cuando necesitaba que le alegraran el día, siempre estaba él. Y ahora se iba, por ella. ¿Qué podía hacer?

—No te vayas, Hugo, por favor. Quédate, lo arreglaremos...-dijo mientras se le escapaban las lagrimas.

—No llores, no me lo hagas más difícil. ¿No lo entiendes? ¡Te amo!-dijo cogiéndola de los brazos y acercándose más a ella.-Te amo, Raquel, y no sé si podré amar a alguien tanto como a ti.

—Hugo yo...-dijo llorando.

—No digas nada...-dijo Hugo acariciándole con su dedo los suaves labios.-Lo mejor para los dos es que estemos separados.-dijo mientras se acercaba cada vez más.

Hugo la besó en los labios. Iba a ser su primer y último beso, y puso todo su alma y su corazón en él. La estrechó contra su cuerpo y le acarició la nuca suavemente. Raquel intentó soltarse, pero no pudo. Hugo era más fuerte.

—Adiós Raquel...-dijo Hugo separándose de ella.-me llevo éste bonito recuerdo conmigo... Te quiero.

Hugo se acercó a Raquel y le dio un último y tierno beso en los labios y se marchó.

—Hugo... —susurró Raquel, tocándose los labios, mientras las lágrimas bajaban por sus mejillas.

CAPÍTULO 5. EL VIAJE



Raquel fue al aseo y se miró en el espejo. Tenía los ojos hinchados de llorar y todo el rímel se había quedado en sus mejillas formando una borrosa carretera. No podía retocarse el maquillaje porque lo tenía en su habitación, así que optó por lavarse la cara en el lavabo y quitar todo el maquillaje restante. Se secó la cara y se miró al espejo. Hugo se va, se dijo para sí. No esperaba que le afectara tanto la decisión, la había pillado por sorpresa. Algo más la había sorprendido, el beso que le dio fue suave y cálido, rebotante de amor... No fue desagradable, pues era una persona a la que quería, pero fue extraño, eso le desconcertó.

Decidió no contárselo a nadie, pues no quería que se enfadaran con él.

Salió del aseo y fue en busca de Ian. Antes de llegar al salón donde se celebraba la fiesta, se encontró con su padre.

—Papá, ¿Qué haces aquí fuera?-dijo Raquel.

—Te estaba buscando, ¿al final te vas a ir con ese chico?-preguntó nervioso Miguel.

—Sí, ya está decidido. Me iré con él mañana por la mañana.

—No te vayas. Necesito que te quedes en el hotel. Hugo me ha dejado una nota diciendo que se marcha...

—Lo sé, he hablado con él...

—Pues entonces entenderás que te necesito aquí.

—Papá, van a ser unos días. Luego volveré y me quedaré para siempre con vosotros.

—Ya, eso está muy bien, pero te necesito ya.

—¿Qué ocurre, papá? ¿Por qué no quieres que me vaya ahora?-preguntó molesta

—Por lo que te estoy explicando...

—Papá, necesito irme. Lo siento, pero no voy a cambiar de opinión.

—Vale...-dijo Miguel visiblemente molesto.

Sin decir nada más, Miguel se dio la vuelta y dejó a Raquel atónita por su actitud. Le extrañaba que hace unos días la animara a irse y que ahora estuviera tan en contra de su partida. No entendía qué le ocurría a su padre.

Llegó donde estaba Ian, que estaba hablando animadamente con Roberto.

—Al fin, creíamos que te habías perdido.-dijo Ian, contento al verla.

—No, es que me he encontrado con Hugo, y me ha contado que se marcha de Marbella.-explicó Raquel.

—¡¿Cómo!?-exclamó sorprendido Roberto.-No me ha dicho nada... Voy a ver si lo veo y hablo con él. Os dejo, pareja. Hasta luego.-dijo mientras se iba.

—¿Estás bien?-preguntó Ian acariciándole la cara a Raquel.

—Sí, con ganas de irme contigo mañana, a Madrid.

—¿En serio? —Dijo con una amplia sonrisa.-Que maravilla. Ya tengo ganas de presentarte a mi familia. Les vas a encantar.-dijo contento dándole un cariñoso beso en los labios.

—Estoy agotada Ian. Hoy ha sido un día de locos. Me voy a mi habitación, quiero estar descansada para mañana...

—¿Quieres que me quede esta noche contigo?-dijo mientras le acariciaba la mejilla.

—No, hoy no.-dijo acariciándole la mano sintiéndose culpable ante las expectativas que le había dado a Ian.-Perdóname, yo quería pasar la noche contigo, en serio, pero el ver a Hugo... Bueno, entiéndeme, todo esto es muy repentino. Necesito estar sola...Ya nos veremos mañana, ¿vale?

—Tranquila, te entiendo.-dijo con resignación Ian.

Se fueron a sus respectivas habitaciones. La fiesta aún continuaba en el salón del hotel, pero Raquel no estaba para celebraciones. Necesitaba estar sola y pensar...

No pudo dormir en toda la noche, le asaltaban los recuerdos de los últimos días. Tuvo sueños muy extraños. Soñó que besaba apasionadamente a Ian y éste se convertía en Hugo cuando ella abría los ojos. Necesitaba olvidarse de

todo. Al sonar la alarma del teléfono móvil se animó, pues ya había pasado lo peor, la noche, y ahora tocaba disfrutar del día. Estaba ansiosa por salir de Marbella. Quería evadirse de tanto problema. Necesitaba centrarse en Ian, y dejar a un lado a su familia y su historia.

Ian y Raquel quedaron para desayunar juntos en el restaurante del hotel. Al acabar, recogieron sus cosas y se fueron para el aeropuerto en un taxi.

Raquel no pudo despedirse en persona de su padre ni de su hermano. Les envió un mensaje de texto al móvil diciéndoles que ya les llamaría cuando llegara a Madrid.

El viaje fue rápido, enseguida llegaron al aeropuerto de Barajas, en Madrid. Ian cogió un taxi y se fueron para su casa. Raquel estaba mejor, pues el estar cerca de Ian la hacía feliz. Se sentía muy a gusto a su lado. Aunque había pasado muy pocos días desde que se conocieran, le invadía una sensación de tranquilidad y optimismo ante la proximidad de él. Era como si se conocieran de toda la vida. El taxi empezó a aminorar la velocidad y se paró junto a una coqueta casita de color vainilla.

—No es tan grande como la tuya...-dijo Ian refiriéndose a su casa.

—Pero es tuya, y me encanta.-dijo saliendo del taxi.

Raquel había sido sincera, le encantaba aquella casa. Tampoco era tan pequeña, claro que comparándola con la de sus padres... Tendría aproximadamente 150 m² de vivienda y la bordeaba un pequeño jardín. A la izquierda de la casa estaba la piscina y cerca de ésta había una barbacoa con una mesa de teca y sillas a los lados.

Cuando entraron dentro de la casa, Raquel se quedó maravillada de cómo estaba decorada. Todo era rustico, todo estaba en perfecta sintonía.

—Ian, esto es maravilloso. ¡Me encanta!-dijo Raquel fascinada.

—Gracias. La verdad es que mi madre me ha ayudado bastante en la decoración.

—Y, ¿tus padres viven cerca de aquí?

—Sí, a diez minutos andando. Me viene muy bien tenerlos tan cerca, yo viajo mucho y ellos echan un vistazo a la casa en mi ausencia.

—¡Qué bien!, ¿tienes buena relación con ellos?

—Sí. Son muy buenos... Nos tienen demasiado mimados a mi hermano y a mi...-sonrió Ian.-Aunque mi hermano viva en Londres, mi madre le envía

cualquier cosa que ella crea que necesita. Esta muy pendiente de nosotros.

—Que suerte tienes de tener una madre así. La mía ni me habla.-dijo Raquel.

—Pero tienes un padre y dos hermanos que te adoran.

—Sí, eso sí es verdad...-dijo con tristeza al recordar a Hugo, no sabía si algún día lo volvería a ver.

—Otra cosa, mi madre nos ha invitado a comer. Está deseando conocerte.

—¿Sí?-preguntó sorprendida.

—Claro. Está deseando conocer a la chica que le ha robado el corazón a su hijo.-dijo mientras la besaba tiernamente en los labios.-Ven, te enseñaré el resto de la casa.-dijo mientras la cogía de la mano.

La casa de Ian tenía dos dormitorios, uno grande y luminoso que daba a la piscina, en el que dormía él, y otro más pequeño pero muy bien distribuido, que se encontraba más cerca del salón. Tenía dos cuartos de baño, uno en su dormitorio y el otro estaba situado cerca de la sala de estar. Los cuartos de baños eran espaciosos, luminosos y muy modernos. La cocina era de tamaño mediano y sus muebles eran de un color verde luminoso que hacía que la estancia fuera más grande y clara. Tenía una mesa de madera con sillas a los lados enfrente de un gran ventanal que daba al jardín. La casa de Ian sólo tenía una planta, era muy cómodo no tener que subir y bajar escaleras. A Raquel le agradó mucho la vivienda.

—Si lo prefieres puedes dormir en la habitación de invitados, aunque yo preferiría que durmieras conmigo...-dijo Ian mientras le acariciaba la mano.

—Um...-dijo Raquel acercándose a él.-Me encantaría dormir contigo — dijo besándole.

—Creo...-dijo mirando su reloj de muñeca.-que nos tenemos que ir ya. Qué pena no tener tiempo para hacer una visita turística a mi cama...-dijo tocándole los labios.

—Qué pena... creo que hay un monumento muy importante que me encantaría ver.-dijo Raquel sensualmente acariciándole el torso.— ¡Habrás que esperar entonces!

—Comemos y enseguida volvemos, para dormir la siesta...

—Me parece una estupenda idea. Vámonos pues.

Ian y Raquel salieron de la casa y se fueron paseando cogidos de la mano

hacia la gran casa que tenían los padres de Ian en La Moraleja.

Al girar una esquina Raquel vio el gran edificio de color crema con un tejado en forma de uve invertida de color gris oscuro. La bordeaba un muro del mismo tono del tejado, y la gran puerta de entrada era de color hueso. Al entrar vio césped por todo el terreno y a la derecha había una preciosa piscina oval. La puerta de entrada al edificio era de roble viejo y las bisagras y el pomo eran de bronce.

Se abrió la puerta y salió una mujer de unos cincuenta y tantos años con el pelo rubio recogido en un perfecto moño y ojos de color verde esmeralda.

—¡Mamá!-dijo Ian mientras la abrazaba.-Te presento a Raquel. Raquel, ella es mi madre.

—Encantada de conocerla señora Huriarte.-dijo Raquel

—Llámame Katherine.-dijo dándole un par de besos en las mejillas — Entrad, está tu padre en el salón.

Entraron todos al salón, que era de estilo clásico pero para nada recargado. En un sofá de dos plazas se encontraba sentado Federico Huriarte, un hombre que andaba cerca de los sesenta años, con el pelo moreno y un poco canoso, de porte alto y delgado. Sus ojos eran de color azul, del mismo color que los de su hijo. Se notaba que de joven había sido muy atractivo.

—¡Hola papá!-dijo Ian acercándose a su padre para darle un abrazo.

—Hola hijo.

—Mira, ella es Raquel.-presentó a su padre.

—¡Al fin te conocemos! Nuestro hijo no ha parado de hablar de ti.-dijo acercándose a Raquel para darle dos besos en las mejillas.

—Es un placer estar aquí.-dijo Raquel.

Federico se quedó quieto mirando a Raquel fijamente. No paraba de contemplarla. Estaba absorto, le recordaba a alguien e intentaba averiguar a quién. —Esos ojos...-susurró para sí.

—¿Qué te ocurre, papá?-preguntó extrañado Ian-Te estás comportando de una manera un poco extraña...

Federico se sentó en el sofá con el rostro pálido y Katherine se sentó a su lado preocupada al ver el estado de su marido.

—¿Qué te sucede?-le susurró Katherine a Federico.

—¿Has visto a Raquel?

—Sí, es una chica muy guapa...

—¿Te has fijado en sus ojos?

—No... ¿Qué les pasa a sus ojos, Federico?

—No les pasa nada...-Federico sonrió sin dejar de mirarla, pues ya había descubierto a quien le recordaba aquella chica tan hermosa.

Raquel e Ian estaban al otro lado del salón sin entender que hacían murmurando los padres de Ian.

—No te entiendo, explícate.-rogó Katherine

—Esa chica es clavada a ti de joven. Tiene tus mismos ojos, tu misma figura y tu mismo pelo.-dijo mirando a su mujer con ojos sorprendidos.

Katherine miró detenidamente a Raquel y se asombró de no haberse dado cuenta antes. Su marido tenía razón... Pero, ¿cómo era posible? Habían estado años buscándola... Y de repente, aparecía en su casa, de la mano de su hijo... Katherine no lo podía creer.

CAPÍTULO 6. LA PRUEBA



Raquel estaba sorprendida, desde que entró en aquel salón, los padres de Ian no dejaban de mirarla y de susurrar, parecía que su presencia les angustiara por alguna razón. Eso le hacía sentirse muy incómoda, Ian se dio cuenta y la llevó al jardín.

—Lo siento mucho...-dijo Ian mientras se sentaban en un tresillo en el jardín.-No entiendo qué les pasa. Son muy sociables y simpáticos.

—Parece que no les gusto, creo que debería irme...

—No digas tonterías. Mira, voy a hablar con ellos, quédate aquí, ¿vale? —dijo Ian levantándose.-Enseguida vengo.

—No tardes, por favor...-dijo Raquel con tristeza. No sabía que ocurría y no le apetecía seguir en aquella casa extraña.

Ian se fue hacia el salón y allí se encontró con sus padres que charlaban animadamente.

—¡Es ella! Te lo digo yo.-dijo Federico entusiasmado.

—No lo sé... Es posible que sea una coincidencia...-dijo Katherine dudando.

—¿Me podéis contar que os pasa?!-exclamó Ian enfadado.— ¿Es que no os gusta Raquel? No le habéis dado tiempo ni de hablar... ¿Qué tiene de malo?

—Raquel no tiene nada de malo...-dijo Katherine calmando a su querido hijo.

—Entonces, ¿Qué son esos cuchicheos? ¿Y esa forma de comportarse delante de mi invitada?

—Mira Ian, creemos que Raquel es tu hermana.-explicó pletórico

Federico.

—¿Cómo?!--gritó Ian asombrado.

—Sabes que hace 25 años nos quitaron a nuestra niña... desde entonces andamos buscándola.-dijo Federico.

—Creemos que es Raquel.-intervino Katherine.

—¿Por qué creéis que es ella?--preguntó Ian aturdido por las ideas de sus padres.

—Porque Raquel es idéntica a tu madre cuando era joven. Tiene sus mismos ojos, el mismo porte...-explicó Federico.-Pero claro, son sólo sospechas, habría que hacer una prueba de ADN para estar completamente seguros.-dijo divagando.

—¡Esto es surrealista!--exclamó Ian, espantado ante la idea.

—¿No me comentaste que era adoptada?--preguntó Katherine.

—Sí, su padre le contó que la encontró en su hotel.

—¡Tenemos que hablar con ella!--dijo entusiasmado Federico, imaginando que, esa preciosa chica que había traído su hijo fuera su niña.

—Piensa que todo encaja aunque a lo mejor nos equivocamos, y es pura casualidad. Pero ella tiene la misma edad que nuestra hija, y además es adoptada...-razonó Katherine.

—Hablaré primero yo con ella. Le va a dar algo cuando se entere. Aún esta acostumbrándose a la idea de que es adoptada...-dijo Ian yendo hacia el jardín con el rostro pálido por la noticia.

Ian no sabía cómo decirle a Raquel lo que sospechaban sus padres de ella. Él pensaba que se equivocaban, por supuesto, ¿cómo iba a ser ella su hermana? Eso era de locos. No podía él haberse fijado en su hermana desaparecida. No, eso era absurdo. Además, Ian amaba a Raquel y ésta le correspondía. ¿Es que no podía ser todo más sencillo? No podían estar ahora mismo hablando los cuatro en la sala de cosas banales, no, a su padre se le había ocurrido la fantástica idea de que su preciosa novia fuera realmente su hermana perdida hacía tantos años atrás. Ian se sentó al lado de Raquel.

—Qué bien que hayas vuelto, ya te estaba echando de menos.-dijo Raquel, aliviada al tenerle otra vez a su lado.

—Raquel, tengo que contarte algo.

—Dime.-dijo observando su rostro visiblemente alterado.

—Se me hace muy difícil explicártelo... No sé cómo empezar... Seguramente sea una confusión y se arregle rápido pero... quieren probarlo. Son muy tozudos a veces, a mí hoy me han desesperado... No sé qué pensar. Es todo tan absurdo —dijo Ian nervioso ante la idea de volver a trastocar la vida de ella.

—No me estoy enterando de nada Ian, por favor dime qué ocurre.

—Empezaré por el principio. Hace 25 años mis padres tuvieron a una niña, pero al día siguiente de su nacimiento les dijeron que había muerto. Ellos nunca vieron el cadáver, incluso hicieron abrir la pequeña fosa donde estaba enterrada y no hallaron nada. Estaba vacía, sólo encontraron algunos trapos sucios, ningún resto humano. Creen firmemente que se la robaron y andan buscándola desde entonces... Al verte han creído que esa niña robada eras tú. —¿Yo?!-exclamó sorprendida.— ¿Por qué creen eso?

—Dicen mis padres que te pareces mucho a mi madre de joven.

—Pero...yo...

—Quieren hablar contigo, para averiguar cosas de ti y saber si eres o no esa niña.

—No puedo ser yo. Tienen que estar equivocados. Ian, no puede ser que tú y yo seamos hermanos.-dijo Raquel angustiada ante la posibilidad.

—Espero que no lo seamos, Raquel...-dijo Ian mientras se levantaba.

Los dos entraron al salón con gesto contrariado.

—Raquel, primero de todo, queremos pedirte disculpas por nuestro comportamiento de antes. Estábamos tan asombrados de verte que hemos perdido las formas.-dijo Federico al verlos entrar.

—Es posible que estemos equivocados, pero nos gustaría hacerte unas cuantas preguntas.-dijo Katherine con prudencia.

—De acuerdo.— respondió ella mientras se sentaba en el sofá junto a Ian.

—¿Cuándo naciste?-preguntó Katherine.

—El 21 de Enero.

—Mi hija también nació ese día...-dijo Federico optimista.

—¿Sabes algo sobre tu nacimiento?-preguntó Katherine.

—Sé poca cosa. Mi padre me dijo que me encontró en el hall del hotel y que luego me adoptó. Me contó que había una nota dentro de la canastilla, donde ponía mi nombre, mi fecha de nacimiento y que mi madre biológica no

podía ocuparse de mí. Nada más...-relató Raquel dolida.

—¡Uf! Es muy poca información... Me gustaría pedirte un enorme favor, y así nos quedaríamos tranquilos. Hazte una prueba de ADN, por favor. propuso Federico.

—Claro, estoy dispuesta a hacérmela. Pero sé que va a salir negativa.

—Es para salir de dudas...-dijo Katherine.

—¿Podría haceros una pregunta?-preguntó Raquel. Federico y Katherine asintieron con la cabeza.-Vosotros se nota que tenéis dinero y recursos para haber elegido una clínica privada, y ahí raras veces pasan esas cosas... ¿Cómo es posible que os pasara eso?

—El asunto es que di a luz en un hospital público. No me dio tiempo de llegar a mi clínica privada, donde nacieron mis dos hijos, pues empecé a sangrar y corría peligro el bebé. Lo más cerca que tenía era ese hospital.- Katherine hizo una pequeña pausa al recordar aquel angustioso día.-Me he arrepentido todo este tiempo de esa elección. Tenía que haberme arriesgado y haber ido a mi clínica, pues seguro que todo esto no hubiera ocurrido y podríamos haber tenido a nuestra niña junto con nosotros.-dijo tristemente.

—No pienses eso, vida mía, no se puede cambiar el pasado. En ese momento creímos que era lo mejor... Además, estoy convencido de que algún día la encontraremos... O con suerte la tenemos delante de nuestros ojos...-dijo Federico mirando fijamente a Raquel.

—¿Cuándo me tengo que hacer la prueba? Por mí, cuanto antes, mejor-dijo Raquel impaciente mirando a Ian.

Raquel anhelaba no ser la hija perdida, pues eso significaba que Ian, ese chico maravilloso, guapo y atento, y ella serían hermanos. Sería una auténtica pesadilla perder este amor que crecía día a día. Ahora entendía un poco a Hugo, pues él desde el principio no la vio como a una hermana. Y fue muy duro para él ver el rechazo de Raquel. Ahora podía ser al contrario... No, no podía ser. Era de locos. Era imposible que se hubiera enamorado de su hermano. Sí, se haría esa prueba para callar esas expectativas absurdas que tenían los padres de Ian. Además, estaba sola en Madrid, en esa ciudad que no conocía, con la incertidumbre de no saber si era o no la hermana de su novio. ¿Qué podía hacer ella? Sólo esperar a hacerse el dichoso análisis, y desear que el resultado fuera favorable para ella. Y así continuar viviendo esta

historia de amor tan maravillosa.

Lo bueno de ser un Huriarte es que siempre te encuentras las puertas abiertas, aunque sean en horas poco apropiadas. Federico y Katherine se fueron con Raquel e Ian a una clínica muy importante de Madrid que era bastante famosa por hacer ese tipo de pruebas biológicas. Al verles entrar les atendieron enseguida y a los pocos minutos les estaban recogiendo las muestras biológicas, realizando un frotis bucal, usando bastoncillos de algodón, para recoger las células de la saliva. Ian no se separó ni un segundo de Raquel: se necesitaban ahora más que nunca. Lo estaban pasando bastante mal y sólo querían que esto terminara lo antes posible.

Federico estaba ansioso por saber ya los resultados. Él creía firmemente que esa chica que había llevado su hijo a casa era su hija. Algo en su interior se lo decía. Quiso entablar algo de conversación con ella, pero no sabía bien qué decirle. No quería tampoco agobiarla. Federico la había visto palidecer desde que ella supo la sospecha que tenían. Debía de estar pasándolo mal. A Federico le entraron ganas de abrazarla, pero se contuvo al recordar lo que le dijo su queridísima esposa, pues también cabía la posibilidad de que Raquel no fuera su hija y que todo fuera un malentendido.

Al ser un Huriarte, un apellido bastante poderoso en Madrid, les comunicaron que los resultados los tendrían mañana por la mañana, a primera hora. Solo debían esperar unas cuantas horas para salir de dudas. Aunque él ya daba por hecho el resultado...

Raquel e Ian se fueron a la casa de éste. Ella estaba deseando estar alejada de él. Ahora que todos los planes de estar a solas con Ian se habían ido al traste, sólo pensaba en encerrarse en la pequeña y acogedora habitación de invitados y así no tenerlo cerca, pues le mataba estar bajo el mismo techo y no poder tenerlo, tocarlo ni besarlo. Raquel sabía que Ian pensaba lo mismo. Desde que salieron de la casa de los Huriarte, éste no abrió la boca. Solamente le dijo que estaba deseando que pasara esa noche lo antes posible... Al entrar en la casa se fueron a sus respectivas habitaciones y ahí estuvieron toda la noche. Sin hablar, sin mirarse y sin estar juntos. Fue la peor noche de sus vidas. Tener a la persona que amas a pocos metros y sentir que tu mundo se parte en dos. Cuando más se necesitaban debían mantenerse separados por miedo de que fuera cierta la sospecha, y no poder controlar lo que sentían,

amor y pasión por el otro. Raquel creía que enloquecía. Hacía pocos días se había enterado de su adopción y quien creía que era su hermano le había declarado su amor. Y después de unos días, sin buscar, había encontrado a sus padres... Raquel no lo podía creer, ¡an su hermano... No, seguramente al día siguiente le dirían que había sido un malentendido. Seguro.

Raquel no pudo dormir en toda la noche. Estuvo a punto de llamar por teléfono a Roberto, el único que la entendía, y que nunca hacía falta explicarle nada para saber lo que ella sentía en cada momento, ¿pero que podía decirle? Era mejor esperar a saber los resultados de la prueba genética. Indudablemente mañana se reirían de lo preocupados que habían estado. Raquel sólo pudo esperar a que amaneciera.

Al fin llegó la mañana y con ella las esperanzas de los señores Huriarte. Katherine y Federico desayunaban, como todas las mañanas que hacía buen tiempo, en el jardín. Mientras hablaban tranquilamente de lo que podría suceder ese día, sonó el teléfono. Al oír el sonido se quedaron paralizados mirándose y al fin, al tercer tono, Federico descolgó el aparato, nervioso. Katherine observó a su marido mientras hablaba. No podía escuchar lo que decía el interlocutor, pero a ella le bastaba con mirar la cara de su marido y así poder averiguar, por el gesto, cual era la noticia.

Raquel se levantó muy temprano y se dio una ducha. Ian aún estaba en su habitación. Raquel se alegró de saber que en pocas horas ya podría vivir tranquila, sin tener que evitar encontrarse con Ian. Ésta creía con total seguridad que la prueba realizada el día anterior, sería propicia para ella. ¿Quién iba a robar a una niña de un hospital de Madrid para dejarla en el hall de un hotel de Marbella? Era absurdo. A no ser que su padre le hubiese mentido... Eso no podía ser, pues Raquel sabía que su padre había sido muy sincero con ella y además le había prometido que nunca más habría mentiras.

Raquel escuchó el sonido del teléfono móvil de Ian. Debían de ser sus padres. Salió de su habitación en pocos minutos y vio a Raquel sentada en el sofá del salón, pálida y con dos grandes ojeras marcando de cansancio su precioso rostro.

—Me acaban de llamar mis padres. Ya saben los resultados de la prueba genética.

—¿Y bien?-preguntó ansiosa Raquel.

—Quieren que vayamos a su casa para darnos el resultado. No me han dicho nada...

—¿Eso qué significa? ¿Que soy o no tu hermana?-preguntó intranquila Raquel.

—La verdad es que no sé cómo tomármelo. O bien quieren disculparse contigo por el error o bien quieren darte la bienvenida a la familia. No sé qué pensar. Esto me supera. Vámonos ya, estoy desesperado por saber algo.-dijo Ian con tono cansado. En su rostro se reflejaba la dura noche que había pasado, sin apenas dormir, dando vueltas a la idea de que su amada fuera en realidad su hermana. Se arrepintió tanto de haberle propuesto aquel viaje si se hubiese callado ahora mismo estaría a su lado feliz y dichoso entre sus brazos y no como estaba ahora, angustiado ante la posibilidad de que su padre tuviera razón.

Raquel e Ian salieron de la casa en silencio, sin tocarse, sin mirarse... No sabían de qué podían hablar. Sólo deseaban llegar lo antes posible a la casa de los señores Huriarte.

CAPÍTULO 7. LA noticia



Al entrar en el salón de la gran casa de los Huriarte, Raquel intentó averiguar por el gesto cuál era el resultado. Pero se rindió al ver que no podía deducirlo, aún no les conocía lo bastante bien. Además, ellos estaban tranquilos y serenos sentados uno junto al otro en el gran sofá blanco.

—No queremos haceros esperar más. Supongo que habéis pasado mala noche... —dedujo Federico por la cara de cansancio que veía en sus caras.- Esta mañana me han llamado de la clínica para decirme el resultado de la prueba. —hizo una pequeña pausa.— ¡Raquel eres nuestra hija!

—¡NO!-gritaron al unisonó Raquel e Ian, que seguían de pie cerca de donde se sentaban los señores Huriarte.

—No puede ser...-sollozó Raquel.-Eres mi hermano...-dijo mientras de sus ojos se derramaban lágrimas.

Katherine se acercó a Raquel y la abrazó, ésta empezó a llorar desconsoladamente su peor pesadilla se había cumplido se había enamorado de su propio hermano, igual que le sucedió a Hugo.

—Yo...-titubeo Ian con un gran dolor en su corazón.-Esto no puede estar pasando...

Ian miró a Raquel con gesto angustiado, se dio la vuelta y se fue de la casa, se sentía avergonzado, culpable por amarla y su corazón en el mismo instante en que su padre reveló el resultado de aquella analítica se rompió, se desquebrajó en mil pedazos, dejándolo vacío y triste, sin utilidad, como un juguete roto.

—¿Dónde vas?-le preguntó preocupado Federico a Ian.

—Déjalo, ahora necesita estar solo.-susurró Katherine.

—Pero, ¿cómo es posible?-sollozó Raquel alejándose de Katherine.-Mi padre me dijo que me encontró en el hotel. No lo entiendo.-se desplomó en el sofá con las manos tapándose la cara para ocultar la gran angustia que sentía.

—Tienes que hablar con él.-dijo Katherine, sentándose al lado de ella.-Él es el único que podrá darte respuestas.

—Debes saber que puedes contar con nosotros para lo que necesites, cualquier cosa, pues queremos comenzar a formar parte de tu vida, después de todos estos años perdidos, todos estos años que nos robaron. Sabemos que ahora nos ves como a unos extraños, pero somos tus padres y queremos estar a tu lado. Nosotros ya te queremos, te hemos querido durante estos 25 años y somos muy felices de haberte encontrado al fin.-dijo Federico, emocionado con lágrimas descendiendo por su cara. Habían pasado muchas noches en vela pensando en si seguiría vivía su niña y al fin la tenían a su lado, donde debería haber estado siempre.

—Nos da mucha pena veros sufrir. Ha sido una fatalidad que os hayáis encontrado y enamorado, pero bien es cierto que si no te hubiera traído Ian a casa nosotros aún te estaríamos buscando. Ahora necesitáis algo de espacio, estar alejados por un tiempo, pero espero que algún día podamos reunir a toda la familia en un mismo techo, todos juntos, unidos como lo que somos, una familia reencontrada.— dijo Katherine.

—¡Esto es una locura!-exclamó Raquel, levantándose del sofá y yéndose hacia el centro del salón.-Me tengo que ir de aquí.

—Pero Raquel, ¿a dónde iras?-dijo Federico.

—Primero tengo que ir a recoger mis cosas a casa de Ian y luego me iré a un hotel...-dijo Raquel confusa.

—Déjanos que te ayudemos. Nosotros podemos ir a recoger tus cosas, si no quieres ver aún a Ian, y tenemos cerca de aquí un apartamento. Podrías quedarte en él el tiempo que te hiciera falta.-sugirió Katherine.

—Yo...no sé qué decir...-dijo Raquel.-No quiero ser una molestia...

—¿Qué vas a molestar?! Eres nuestra hija. Nunca molestarás.-dijo Federico.

—De acuerdo... Lo único que necesito es estar sola.-dijo abatida Raquel.

—Federico, ve a casa de Ian y coge las cosas de Raquel. Yo la llevaré al

apartamento. Llévate las llaves de su casa, creo que no estará allí.-dijo Katherine.

Raquel quería preguntar a Katherine porqué suponía que Ian no iba a estar en su casa, pero al final no lo hizo, pues no quería oír aún hablar de Ian, sólo con escuchar su nombre algo en su interior se desgarraba y el simple hecho de pensar hacía que sus ojos se llenaran de lágrimas. Ahora debía de olvidar todo lo que sentía por él y lo más difícil era que tenía que volver a verlo algún día, pues eran hermanos... hermanos biológicos.

El apartamento estaba bastante cerca de la casa, pero no tan cerca de la de Ian. El lugar era acogedor, pequeño pero recogido. Predominaba la madera de roble, el suelo era de parqué y los colores usados para las estancias eran suaves y cálidos. Estaba totalmente equipado. Katherine le contó que compraron aquel apartamento para las visitas de familiares o amigos que de vez en cuando tenían. Le dijo que harían que le trajeran comida. Además, le comentó que no dudase en pedirle cualquier cosa que necesitara. A los pocos minutos llegó Federico con su maleta. Le detalló a su mujer que había acertado, que Ian no estaba en su casa. ¿Dónde se habría marchado? Se preguntó Raquel. Sabía que él también lo estaría pasando fatal. Lo que les acababa de ocurrir era una auténtica pesadilla para ambos. No tardaron mucho en marcharse, no sin antes darle a Raquel sus números de teléfono y de repetirle que podía contar con ellos para lo que fuera.

Cuando al fin se encontró sola, en ese apartamento desconocido, se echó a llorar. Lloró hasta que se le acabaron las lágrimas, gritó mil veces que esto no podía estar pasándole a ella. Al final, ya derrotada, se quedó dormida, tendida en la única cama de ese apartamento.

Raquel se despertó por la noche. No sabía qué hora era, pero tampoco le importó. Durmió durante nueve horas y tuvo varias pesadillas. El protagonista de su sueño siempre era el mismo, Ian. Se sentía hundida, creía que estaba en medio de nada, pues nada merecía la pena ya. Todo su mundo se había desplomado. Todo lo que ella creía era mentira. Se sentía una marioneta del destino, ese que cada vez que quería jugaba con ella y con todas las personas que amaba.

¿Cómo podía verlo como a un hermano? Si lo había amado, lo había besado y había estado a punto de hacer el amor con él... No podía verlo, aún

no, debía de olvidarlo primero. Desenterrar esa pasión que nacía al estar a su lado, callar a ese corazón que latía más fuerte cuando él la besaba, negar a su mente los recuerdos tan dulces a su lado.

Raquel se levantó como pudo de la cama. Se notaba terriblemente cansada, pero necesitaba llamarle. Tenía que hablar con él. Marcó su número de teléfono en su móvil y espero a que contestara.

—¡Raquel! ¿Cómo estás?-pregunto Miguel con alegría.

—Mal, estoy muy mal. —dijo con un hilo de voz.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te ha ocurrido?-preguntó preocupado.

—Acabo de enterarme de quiénes son mis padres biológicos. Me han contado que me robaron al nacer... ¿Qué sabes tú de eso?

—¿Cómo?! ¿Pero cómo es posible? ¿Los has estado buscando? Pero si me dijiste que no los buscarías...

—¡RESPÓNDEME! ¿ME ENCONTRASTE O PAGASTE POR MI?-gritó Raquel enfadada.

—¿Dónde estás? Me gustaría hablar contigo en persona...-dijo nervioso Miguel.

—¡Dímelo ya! O si no, te juro que no me ves más en tu vida.-amenazó con lágrimas en los ojos.

—Yo... Raquel...-hizo una pequeña pausa, y suspiró resignado.-Yo anhelaba tener una niña. Alicia no pretendía volver a quedarse embarazada. Hablé con un médico amigo mío, le dije que quería una niña sana y que pagaría lo que hiciera falta... A las pocas semanas ya te tenía en mis brazos. Mi amigo solo me dijo el apellido de tu padre, Huriarte...-hizo otra pausa.-Supongo que ese chico que me presentaste será tu hermano. Esperaba que fuera una coincidencia el apellido... Lo siento muchísimo, Raquel, yo...

—¿Cómo has podido? Yo confiaba en ti. Creía que eras sincero conmigo. ¡Me prometiste que no habría más mentiras!-levantó la voz, indignada.-Todo era una farsa. ¡Me compraste! Me separaste de mi verdadera familia sólo porque querías una niña... ¿Por qué no adoptaste a alguna niña que no tuviera familia? ¿Por qué tuviste que separarme de una familia que me quería?

—Eran demasiados papeles, demasiadas preguntas y siempre daban niñas más crecidas... Yo quería un bebé, un recién nacido, para cuidarla y enseñarla. Para darle mi cariño, yo te quería a ti. Y te quiero. Siempre serás

mi preciosa hijita.

—¡Estás loco! Destrozaste a una familia por un capricho. ¡Qué equivocada estaba contigo! Me has defraudado.— dijo indignada.

—Raquel, no me digas eso... Sé que obré mal, pero no puedo volver atrás. Soy tu padre, lo he sido durante estos 25 años.-dijo abatido Miguel.

—Sí, lo sé, pero yo ya no soy tu hija. Adiós, Miguel. No quiero volver a verte nunca más.

—¡Raquel, no! ¡No me hagas esto!-rogó mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Raquel colgó el teléfono móvil y se quedó mirando la pequeña pantalla negra que comenzaba a parpadear con una nueva llamada de Miguel. Puso el móvil en silencio y volvió a la cama. No pudo dormir estaba demasiado nerviosa. No sabía qué hacer a partir de ahora. No podía volver a Marbella, pues nada tenía ya allí. Su casa, su familia, su trabajo e incluso su novio, todo lo había perdido en cuestión de días. Se sentía sola, muy sola... Vio de nuevo cómo se iluminaba la pantalla del teléfono y miró, por curiosidad, quién era, aunque suponía que sería Miguel. La llamó quince veces y quince veces le colgó. No quería hablar con él, no necesitaba escuchar más mentiras. Se sorprendió al ver que quien la estaba llamando no era Miguel.

—Hola.-dijo Raquel en un suspiro.

—Hola Raquel, ¿cómo estás?-preguntó impaciente Roberto.

—Has hablado con tu padre, ¿verdad?-preguntó cansada.

—Sí, pero no me ha dicho mucho. Sólo que estabas mal, que Ian era tu hermano y que no querías cogerle el teléfono...

—¿Y no te ha contado porqué no le cojo el teléfono?

—No... Dice que estas enfadada con él, pero no me ha dicho el porqué.

—Roberto, me engañó. No me encontró en el hotel, sino que encargó que robaran a una niña de su verdadera familia. ¡Lo odio!-dijo a punto de echarse a llorar de nuevo.

—No me lo puedo creer...-hizo una pequeña pausa para digerir la noticia.- Lo estarás pasando fatal. ¿Dónde estás? Voy para allá y hablamos.

—Ahora estoy en un apartamento que me han dejado los que son mis verdaderos padres.

—Pues dime la dirección y salgo ya para allá.-dijo Roberto con decisión.

Necesitaba verla, saber cómo se encontraba.

—Ahora no me apetece ver a nadie. No te lo tomes a mal, sabes que siempre he contado contigo, pero ahora necesito ver las cosas desde lejos, para saber qué hacer.

—Como prefieras. Si necesitas que vaya, sólo me tienes que llamar por teléfono y en pocas horas me tienes por ahí.

—Lo sé, muchas gracias Roberto. ¡Eres un cielo!... Voy a ver si puedo conciliar el sueño... estoy agotada.

—De acuerdo Raquel, mañana te volveré a llamar, ¿vale? Cuídate mucho.

—Vale, nos vemos.-dijo Raquel mientras colgaba.

Esa noche Raquel durmió poco, no paraba de soñar con Ian y con Hugo... Un triangulo amoroso bastante peculiar. El que creía que era su hermano la amaba, y ella amaba al que al final resultó ser su hermano. Resultado: se encontraba sola y desdichada. Qué curiosa era la vida... había pasado de tenerlo todo a no tener absolutamente nada. De ser inmensamente feliz a sentirse totalmente desdichada.

A la mañana siguiente fueron a visitarla sus padres, aunque a Raquel le costaba verlos como tal. Al verla se asustaron, estaba visiblemente más pálida y sus ojos estaban hinchados y rojos por llorar tanto. Su rostro reflejaba la agonía vivida en las últimas horas transcurridas.

Katherine y Federico estuvieron hablando con ella en el salón durante un buen rato. aunque sin mencionar el nombre de su hermano mayor, Ian. Lo cual Raquel agradeció enormemente. La estuvieron animando y contándole historias de su familia y de ellos.

—Ayer estuve hablando con Ismael, y le conté que al final te habíamos encontrado. Se puso loco de contento y me dijo que tenía muchas ganas de conocer a su hermanita.-dijo Katherine mirando a Raquel.-Y he estado pensando desde entonces que podías ir a Londres a conocerlo. Sería perfecto. Necesitas cambiar de ambiente, relacionarte con otras personas y así conoces a tu otro hermano. ¿Qué te parece?

—Bueno no sé...-dijo Raquel tristemente.

—Pues yo creo que tu madre tiene razón. Mira, nos encantaría que te quedaras con nosotros, pero creo que te hará bien irte por un tiempo de España. Necesitas evadirte. Además, es una buena oportunidad para visitar

Londres y conocer al resto de la familia. Katherine aún tiene algún pariente en la ciudad y ya están deseando conocerte.-dijo Federico.

—A lo mejor molesto a Ismael, él estará acostumbrado a su vida y yo...-se excusó Raquel.

—Le parecerá fantástico. ¡Ya lo verás! Voy a llamarle ahora mismo.-dijo Katherine levantándose del sofá.

Katherine salió a la pequeña terraza que tenía el apartamento para llamar a su hijo Ismael.

Raquel se sentía extraña al ver que su madre se preocupaba tanto por su bienestar. No estaba acostumbrada a tener ese apoyo maternal, pues la que creía que era su madre nunca le había prestado atención. Ahora sabía el porqué, aunque no era justificable.

Katherine volvió a entrar en el salón y se sentó otra vez en el sofá al lado de su marido.

—¡Ya está! Está deseando verte. Le he dicho que sales para allá esta misma tarde. Ya tienes reservado el billete de avión, sólo falta que te hagas la maleta y nosotros te acompañaremos al aeropuerto.-dijo entusiasmada Katherine, necesitaba ver a su hija más animada y si para ello tenía que separarse tan pronto de ella, pues lo haría.

—¿¡Esta tarde?! Qué rápido...-exclamó Raquel.

—Es mejor que empieces ya tu nueva vida, Raquel. Sabemos que lo estás pasando mal y que te costará un poco acostumbrarte al cambio. Por eso creo que será mejor que asimiles esto en Londres, donde no haya nada que te haga recordar. Puedes estar allí el tiempo que te haga falta. Ismael te cuidará.-explicó Katherine.-Y cualquier cosa que necesites podemos estar ahí en unas horas. No estás sola, siempre nos tendrás a tu lado, para lo que precises.

—El problema es que a quien tengo que olvidar me va a perseguir toda la vida.-dijo dolida Raquel.

—Eso no tiene solución, es tu hermano y siempre lo será. Tienes que aprender a verlo como tal, por eso te hará bien conocer a tu otro hermano...-dijo Federico.

—Ojalá me ayude.-dijo Raquel tristemente.

—Todo se arreglará, es sólo cuestión de tiempo. Ya verás como algún día podremos estar todos juntos, felices y contentos.-dijo Federico.

—Tu padre tiene razón, el tiempo lo cura todo. Además, piensa que todo lo que vivimos, sea malo o bueno, es por algo. Algo tenemos que aprender, para una próxima vivencia.-dijo Katherine.

—De acuerdo. Voy a empezar a prepararme para ir a Londres.-dijo Raquel levantándose del sillón. A lo mejor tenían razón y el conocer a su otro hermano le ayudaría a ver a Ian como lo que era...

CAPÍTULO 8. Londres



Parecía todo un sueño. No creía realmente que acabara de aterrizar en Londres. Incluso se esforzaba en recordar cómo había llegado ella allí. Se acordaba de la despedida de sus padres en el aeropuerto y de haber subido al avión, pero no tenía conciencia de haber estado sentada dentro del aparato. Desconectó justo al sentarse al lado de la ventanilla, y estuvo mirando por ella sin ver nada durante todo el vuelo. La despertó de su ensoñación la azafata del avión cuando le dijo amablemente que ya habían llegado a Londres y que era la única que quedaba en el avión. Se fue como un autómata a buscar su maleta y pensó que en cuestión de minutos iba a conocer a su hermano. Esperaba, con todas sus fuerzas, que su hermano Ismael no se pareciera físicamente a Ian, pues no sabría cómo afrontar cualquier parecido. Todavía al cerrar los ojos lo veía y su cuerpo se estremecía entre el dolor, el deseo, el amor y la rabia. Al final logró ver su maleta por la cinta. Era la única que quedaba. Se acercó, la cogió y se encaminó a la salida.

Raquel empezó a buscar a Ismael, aunque no sabía muy bien qué buscar. Miró a toda la gente que aguardaba a sus seres queridos y al final, en medio del gentío, vio un cartel con su nombre escrito, y se acercó al chico que lo sostenía, que la aguardaba con una gran sonrisa.

Ismael era muy guapo, incluso más que Ian, pero, por suerte para Raquel, no se le parecía mucho, sólo en la altura. Era moreno, con los ojos de color verde, como ella y con el cabello un poco ondulado. Era muy atractivo. Se parecía mucho a Raquel, no podían dudar que eran hermanos.

—Bienvenida a Londres.-le dijo Ismael dándole un cálido abrazo, como si

se conocieran de toda la vida.-Ya estaba yo deseando ver a mi hermanita. ¿Qué tal el viaje?-le preguntó mientras la ayudaba con el equipaje.

—Bien, se me ha hecho muy corto el trayecto.

—Eso está bien. Venga vámonos de aquí, tengo fuera el coche.-dijo Ismael sonriéndole y señalándole la salida.

—De acuerdo.-dijo Raquel mientras se encaminaba hacia las puertas principales del aeropuerto.

Raquel se sorprendió al notar el cariño y la simpatía que le transmitía su hermano. No parecía que fuera la primera vez que se encontraban. Empezó a notar que se relajaba un poco. Pensó que no había sido tan mala idea venirse a Londres.

Ismael estaba enterado de toda la historia de Raquel, su madre se lo había contado todo. Por tanto no sacó el tema en todo el trayecto en coche. No había visto nunca a Raquel, pero sentía que la conocía. Veía que estaba sufriendo, tenía que estar pasando un tormento, pues no todos los días te enteras de que tu novio es en realidad tu hermano.

Ismael también habló con su hermano, que se encontraba fuera del país. Se había ido a Roma a ver a unos amigos. Ian también estaba sufriendo. Sobre todo se culpaba de no haber visto el parecido que tenía Raquel con su madre. Se sentía avergonzado y deprimido, pues creía haber encontrado al gran amor de su vida. Se había marchado para intentar olvidarla como mujer y poder estar con ella como hermanos. Ismael creía que iban a tardar bastante tiempo en poder estar juntos, pues, aunque llevaran poco tiempo saliendo juntos, se amaban profundamente.

Durante el trayecto en coche hacia la casa de Ismael, tuvieron tiempo para conversar. Raquel se sentía cómoda hablando con él, e incluso bromearon con anécdotas de la infancia. A Raquel se le hizo corto el camino y cuando se dio cuenta ya había llegado a la casa de su hermano. Se encontraba en el barrio de Chelsea, una zona con grandes tiendas de firmas importantes, de las mejores de la ciudad. La casa de Ismael se encontraba en un edificio de tres alturas. Él vivía en el último piso. Ismael aparcó el vehículo en su plaza de garaje que se encontraba en el sótano del edificio y subieron por el ascensor a la tercera planta. Raquel se sorprendió al ver que su casa ocupaba todo el tercer piso. Era una casa grande. Tendría 150m² y la decoración era de estilo moderno.

Ismael le enseñó su casa. El salón estaba justo al lado de la entrada, era amplio y los colores que dominaban eran el blanco y el negro. La cocina estaba a la derecha del salón, era muy práctica, de colores claros y estaba muy bien equipada. El aseo estaba enfrente de la cocina, era de colores suaves y destacaba el lavabo de cristal de color azul eléctrico. A la izquierda del salón se encontraba el despacho de Ismael, y al lado de su dormitorio, una habitación grande de colores neutros y bastante minimalista. Dentro del dormitorio había otro aseo completo, con una impresionante ducha de mármol blanco. Enfrente de su habitación estaba la habitación de invitados. Era de colores cálidos y dentro también había un cuarto de baño completo con una ducha de mármol de color terracota. A Raquel le encantó todo lo que vio y le dio mil gracias a su hermano por acogerla unos días.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras.-dijo Ismael mientras se sentaban en el sofá del salón.-Me vendrá bien tener un poco de compañía.

—¿Tienes novia? No me gustaría entorpecer tu intimidad...

—No, no tengo novia, pero si algún día quisiera subir a alguna chica te lo diría. Y te tendrías que ir al cine.-dijo guiñándole un ojo.-Tranquila nos apañaremos muy bien. Además, somos hermanos, ¿no? Pues si tengo algún problema contigo, te lo diré y lo hablaremos, ¿vale?

—Vale, sobre todo confianza. No me voy a molestar si me dices algún día que me vuelva para España.

—De acuerdo, eso ya está aclarado.

Se pasaron horas hablando, parecía que tenían que recuperar todos estos años perdidos. Raquel supo que su hermano Ismael tenía su propio bufete de abogados en Londres. Estaba muy contento ahí, aunque no paraba de trabajar. Le comentó que le venía bien tenerla allí, pues así se obligaría a salir antes del trabajo y poder hacer más vida social. También le contó que aún vivían sus abuelos maternos y que tenía a varios tíos y tías que vivían bastante cerca de allí. Le prometió que irían un día a conocerlos a todos. Además, su hermano se iba a quedar el día siguiente con Raquel para enseñarle Londres. Cenaron juntos en el apartamento, Ismael pidió que les trajeran comida china, y mientras comían bromeaban con anécdotas.

Raquel disfrutó mucho en compañía de su hermano. Se rió mucho al escuchar historias de cuando Ismael era pequeño, y creyó que junto a él

olvidaría esta horrible pesadilla.

Decidieron irse a dormir al darse cuenta de la hora que era. Se les pasó el tiempo volando y al día siguiente necesitaban estar llenos de energía para patearse la ciudad. Cuando Raquel terminó de ducharse, se puso su camión corto y se tumbó en la cama. Se dio cuenta de que tenía en su móvil un mensaje de texto de Roberto. Le preguntaba si podía llamarla por teléfono. Raquel le envió un mensaje diciéndole que sí. Luego miró la hora. Ya era la una de la madrugada. Debería estar durmiendo y supuso que Roberto la llamaría por la mañana. Cuando Raquel se hubo acomodado en la cama sonó el teléfono móvil y enseguida descolgó.

—Hola Roberto. Perdona, no sabía qué hora era, acababa de leer tu mensaje...-dijo Raquel.

—No te preocupes por la hora, ¿Qué tal estas?-preguntó Roberto aliviado al escuchar su voz.

—Bastante bien. Estoy en Londres, he venido a conocer a mi otro hermano.

—¿En Londres? ¡Vaya! — Dijo sorprendido.— ¿Te vas a quedar mucho tiempo ahí?

—No lo sé. Mi hermano me ha dicho que me puedo quedar el tiempo que quiera, pero tampoco quiero abusar. De momento voy a conocer esto y también a conocerle a él. ¿Sabes una cosa? Él y yo somos muy parecidos, en todos los aspectos.

—Me alegra saber que te encuentras bien.-dijo Roberto, relajado al notar un poco más de alegría en la voz de Raquel.-Aunque estés un poco lejos...

—Bueno, Londres tampoco está tan lejos de Marbella...-dijo Raquel.

—Raquel, querría saber una cosa. Ahora que ya conoces toda la verdad, que ya sabes quién es tu familia...-Roberto hizo una pausa.— ¿Vas a olvidarte de nosotros?-preguntó con un hilo de voz.

—¡No!-dijo Raquel sin dudar.-No quiero olvidarme de vosotros. Bueno de tus padres sí, pero de vosotros no. Hugo y tú no seréis mis hermanos biológicos, pero para mí sois muy importantes. Sois mis dos mejores amigos, hemos pasado hasta la niñez juntos.-dijo en tono de broma.-No podría olvidaros nunca. Formáis parte de mi vida.

—Tú también formas parte de la nuestra.-dijo Roberto, feliz al escuchar su

respuesta.-Oye, ¿y en qué zona de Londres vive tu hermano?

—Pues Ismael vive en Chelsea.

—¡Ah! Qué zona más bonita. Te va a gustar mucho Londres. Ya me contarás...

—Ya tengo ganas de hacer turismo.-dijo Raquel ilusionada ante la perspectiva.-Mañana Ismael me va a enseñar la ciudad.

—Bueno pues te dejo ya, sino no vas a poder descansar para mañana, bueno, para hoy. Descansa mucho y diviértete. Nos vemos.-dijo Roberto.

—Descansa tú también. Ya hablamos. Buenas noches, Roberto.

—Buenas noches Raquel.

Raquel colgó y se quedó dormida al instante. Esa noche durmió plácidamente, sin tener pesadillas.

A la mañana siguiente se despertó pletórica. Estaba deseando hacer turismo por la ciudad. Ismael y ella desayunaron juntos en la cocina, en la mesa de madera que había al lado de un gran ventanal con vistas a la ciudad, y empezaron hacer planes para ese día. Salieron animados del edificio, y fueron recorriendo todos los lugares típicos de Londres: la catedral de St. Paul, el Big Ben, La Abadía de Westminster... Se fueron a comer a La City. Ismael la llevó a su restaurante favorito. Cuando hubieron terminado de comer se fueron a pasear cerca del río Támesis. No hubo un momento de silencio, no cesaban de conversar, pues tenían mucho que contarse.

—Entonces ellos sabían que no eras su hermana...-resumió Ismael.

—Sí, desde muy pequeños sabían la verdad.-explicó Raquel.

—Vaya... Claro, entonces es normal que se enamorara de ti. Él nunca te vio como una hermana, sino como a una amiga que vivía con ellos.

—Ya, supongo que tienes razón. Ahora me siento fatal por no haber aclarado el tema con Hugo. Él me abrió su corazón y yo se lo destrocé sin explicaciones.-dijo Raquel mirando el agua del río.

—Pero, sabiendo lo que sabes hoy, ¿habrías actuado diferente con él?

—No lo sé... ¿Sabes una cosa? Antes de que se fuera, vino a despedirse de mí y me besó...

—¿Y sentiste algo?-preguntó Ismael.

—Si te soy sincera, sentí más con Ian...-dijo Raquel avergonzada.-No me disgustó, solamente es que no lo amo. Lo quiero como a un buen amigo. Sólo

eso...

—Te entiendo... Deberías hablar algún día con él y retomar la relación, y así no perderlo como amigo.

—Tienes razón, pero no sé qué decirle... Además, no quiero hacerle sufrir más. Él se fue para olvidarse de sus sentimientos hacia mí y si le llamo...

—El tiempo lo cura todo. Sólo basta con esperar el tiempo suficiente para que sanen las heridas.

Raquel miró hacia las aguas del Támesis y pensó en Hugo, en qué haría él en ese momento, en cómo se sentiría. Le hubiera gustado hablar con él, necesitaba su buen humor y su optimismo en aquellos momentos. Pero no podía ser egoísta, Hugo se había ido lejos para olvidarse de ella de una vez por todas. Luego volvió a mirar hacia su hermano y vio algo detrás de él, una figura que le recordaba a alguien, el porte y la forma de caminar le resultaba demasiado familiar. Se fue acercando sin decirle nada a Ismael, solo caminó hacia esa persona que esperaba que fuera. Cuando se cercioró de quien era, echó a correr hacia él. Ismael la miraba confuso. No sabía por qué Raquel corría hacia ese chico.

—¡Roberto!-exclamó Raquel abrazándolo.— ¡Qué sorpresa!

—Raquel, que alegría de verte tan bien...-dijo rodeándolo en un tierno abrazo.

—¿Qué haces aquí?-preguntó separándose un poco de él.

—Quería verte y cogí un avión esta mañana temprano. Espero que no te moleste mi visita, pero necesitaba ver, con mis propios ojos, que estabas bien.-explicó Roberto tímidamente.

—¡No me molesta! Me alegra mucho verte. Ven que te voy a presentar a mi hermano Ismael.-dijo Raquel mientras le cogía del brazo y avanzaban hacia Ismael.

—Ismael, éste es Roberto. Roberto, éste es mi hermano Ismael.-presentó Raquel.

—Encantado de conocerte.-dijo Roberto estrechándole la mano a Ismael.

—Ya tenía yo ganas de ponerte cara. Raquel me ha hablado mucho de ti.-dijo Ismael.

—Espero que cosas buenas.-dijo con una sonrisa Roberto.

—No me ha contado nada malo de ti, te lo puedo asegurar.

—¿Cómo lo has hecho para poder escaparte del hotel?-le preguntó curiosa Raquel.

—Mi padre y yo tuvimos una fuerte discusión, y desde entonces no he vuelto al hotel, ni a verle.-explicó Roberto.

—¿Por qué has discutido con él? ¿Qué ha pasado?-preguntó preocupada Raquel.

—Por todas las mentiras que ha dicho durante nuestra vida. No puedo perdonar lo que te ha hecho.

—No quería que te enfadaras con él... Al fin y al cabo es tu padre, Roberto... —Será mi padre, pero lo ha hecho mal y no puedo aplaudirle sus acciones.

—Raquel, me voy un momento a mi despacho, que está aquí cerca. Necesito enviar unos faxes urgentes. Vosotros seguid con el paseo. ¡Ya os alcanzaré!-dijo Ismael mientras se alejaba.

—¡No tardes!-dijo Raquel a Ismael. Éste se giró y le sonrió guiñándole un ojo.

—Se le ve buen chico...-dijo Roberto.

—Lo es. Me está ayudando mucho.-dijo Raquel mientras se sentaba en un banco. Roberto se sentó a su lado.

—Lo habrás pasado fatal.

—Sí, pero tengo que aprender a vivir con esto. Ian es mi hermano, ya no hay vuelta de hoja.

—¿Lo amabas?

—Sí, eso ha sido lo más duro... Que lo amaba, y me da vergüenza admitirlo ahora... Pero es la verdad, Roberto. Ahora siento un gran vacío...

—Tú no sabías que era tu hermano, no tienes de qué avergonzarte.

—Lo sé, pero ha sido muy difícil digerirlo...

—¿Lo has vuelto a ver?

—No, de momento ninguno de los dos queremos volver a vernos. Es mejor así, de momento.-dijo Raquel resignada.

—Sí, yo también lo creo.-dijo Roberto mirando hacia el río.

—¿Sabes algo de Hugo?

—Poca cosa. Hemos hablado por teléfono algún día. Lo noto un poco más animado.

—¿Está más animado? Qué bien escuchar eso, estaba preocupada por él. Desde que lo vi en la fiesta no he sabido nada. ¿Sabes dónde está?

—Sí, está en Valencia. Está viviendo de momento en casa de unos amigos.

—¿Le has contado algo sobre mí?

—Sí, él me preguntó que como te encontrabas y se lo conté... Se entristeció al saber que estabas mal.-dijo Roberto mirándola.-No estés apenada, él está mejor, de verdad. Pero aún te quiere y no puede evitar sufrir por ti.

—Ya, pero no me lo merezco... Yo no supe hablar sinceramente con él. Roberto, me gustaría que fuera todo como antes...

—Ya hablarás con él, no te preocupes por eso. Él ahora está conociendo a gente nueva, y nunca se sabe... A lo mejor conoce a alguna chica y se enamora de ella. Ya sabes cómo es Hugo, él nunca va a sentir rencor hacia ti.

—Eso espero...-dijo Raquel tristemente.

—No le des más vueltas a eso, vamos a seguir paseando.-dijo Roberto cogiéndola de la mano para ayudarla a levantarse del banco.

—De acuerdo.-dijo intentando sonreír.

Raquel y Roberto siguieron paseando cerca del río. Estuvieron hablando todo el camino. Roberto le contó que se había hospedado en un hotel en Chelsea y que se quedaría unos días. Raquel estaba encantada con tenerlo ahí, pues al día siguiente Ismael tendría que ir al trabajo y así ella tendría compañía. Desde que descubrió toda la verdad necesitaba estar acompañada. Al quedarse sola no paraba de pensar en todo lo acontecido y lo que ella necesitaba para sentirse bien era olvidarse de todo.

Ismael los encontró cerca de su casa y se despidieron junto a la entrada del hotel de Roberto, que se encontraba a una calle del piso. Los tres quedaron en ese mismo lugar para irse a cenar dentro de un rato.

Ismael y Raquel subieron a la casa.

—¿Qué tal el paseo?-preguntó Ismael una vez en casa.

—¡Muy bien!-dijo Raquel.

—Me cae muy bien Roberto.

—Sí, es un cielo.-dijo sonriendo.-Siempre está cuando lo necesito...

—Se ve que se preocupa mucho por ti...-dijo Ismael sonriendo.

—Sí, bueno es normal, nos conocemos de toda la vida. Además, hasta hace unas pocas semanas, yo creía que era mi hermano mayor.

—Claro...

Raquel se fue a su habitación a cambiarse de ropa. Se dio primero una ducha y se vistió. Se puso un cortísimo vestido de tirantes de color turquesa.

Sus dos acompañantes la halagaron por lo preciosa que estaba aquella noche. Los tres se fueron a cenar a un restaurante italiano y estuvieron conversando animadamente toda la velada. Estuvieron recordando vivencias de la niñez y no pararon de reír en toda la noche.

Al acabar la cena se fueron hacia un pub que tenía terraza. Se sentaron y les sirvieron las copas.

—Recuerdo que cuando tenía diez años o incluso un poco más, no me acuerdo exactamente de la edad, me enamoré locamente de mi prima. ¡Era una locura! Ella era mucho más mayor que yo. Tendría dieciséis años o más. Estuve babeando detrás de ella unos cuantos meses— contó Ismael entre risas al recordarlo.

—¿Pero ella se llegó a enterar?-preguntó Raquel riéndose.

—Sí, se lo conté hace poco... Además, fue muy gracioso: hacía muchos años que no la había visto y coincidimos en la boda de un primo que tenemos en común. Surgió el tema de nuestra infancia y se lo conté. Nos reímos un montón. Ella pensaba que en aquella época yo era tonto por cómo me comportaba cuando la tenía cerca. Pero bueno es normal, todas las personas hemos tenido a algún amor platónico, ¿no?-dijo Ismael.

—Supongo...-dijo Raquel sin darle demasiada importancia al asunto.

—¿A ti te ha pasado, Raquel?-preguntó curioso Ismael.

—...Sí, pero hace muchísimos años... yo era una niña...-rió nerviosa Raquel, rogando que no le preguntaran más.

—¿Ah, sí? ¿Quién era tu amor prohibido? ¡Cuéntanoslo!-exclamó riendo Ismael.

—No, déjalo. Además hace mucho de eso y ya no me acuerdo...-dijo tímidamente mientras se sonrojaba.

—Sí tú lo cuentas, yo también contaré mi amor imposible de la niñez.-dijo Roberto sonriéndole.

—¡Uf! Vale, está bien...-dijo, viendo que no se podía escapar.-Os lo contaré... Fue mi primer amor...-dijo pensativa.

—¡Suéltalo!-exclamó Ismael impaciente.

—Yo tenía 10 años. No sé cómo ocurrió, empecé a ver a los chicos de otra forma...-hizo una pequeña pausa, intentando tranquilizarse. Esto le estaba costando mucho.-Me encapriché de mi hermano mayor... Sí, Roberto, de ti... ¡Era una cría! No sé qué me pasó, siempre me repetía “es mi hermano, no puede ser mi novio”... Tú ya tenías 17 años y andabas con chicas. Cada vez que te veía con una me volvía loca de celos. ¡Qué edad más mala!-dijo nerviosa mirando tímidamente a Roberto, para ver su reacción.-Estuve colada de ti un año entero.-dijo riendo avergonzada por aquellos sentimientos que tuvo cuando era niña.

—Vaya... Me acuerdo que te portabas de manera un poco extraña cuando venía a alguna chica a casa, pero no me imaginaba que fuera esa la razón dijo sorprendido Roberto, pues no se esperaba que fuera él su primer amor.

—Bueno aún todos me veáis como a una niña, y ya dentro de mí empezaban a cambiar las cosas. Ya empezaban a cambiar mis gustos...

—¡Brindemos por los amores tiernos de nuestra niñez!-exclamó Ismael alzando la copa que tenía en su mano.

Los tres brindaron y bebieron.

—¡Madre mía! ¡No sabía que era tan tarde!-exclamó Ismael, mirando su reloj de pulsera.-Me tengo que ir ya a la cama, chicos. Mañana tengo que estar temprano en el despacho. Vosotros disfrutad de la noche, que aún es joven.-dijo levantándose de un salto.

Raquel y Roberto se quedaron mirando cómo se alejaba Ismael.

—Tu hermano es genial.-dijo Roberto.

—La verdad es que sí... Me está encantado conocerle, me rió un montón con él y me hace olvidar lo malo... Me hace ver la vida de otra forma, desde su perspectiva y eso es algo muy bueno en estos momentos para mí.

—¿Has pensado en cambiarte el apellido?

—Sí, lo he pensado. No soy una Santamaría soy una Huriarte.-dijo sonriendo.-Aunque siga enfadada con Miguel, me cuesta aún no llamarle papá. Sé que he llegado a ser lo que soy gracias a él y a vosotros dos. No sé como hubiera sido si desde un principio hubiese sido Huriarte...-dijo pensativa.

—No se puede cambiar el pasado, hay que mirar siempre hacia adelante.-dijo Roberto.

—Tienes razón, hay que aprender a vivir con el pasado...-dijo mientras

cogía su copa para darle un buen trago.

—¿Te apetece que paseemos?-preguntó Roberto.

—Sí, nos ayudará a bajar la cena. He comido demasiado.-dijo sonriendo mientras se levantaban.

Roberto y Raquel caminaron juntos por las calles de Chelsea.

—Por cierto... al final no nos has contado quien fue tu amor platónico.-le recordó Raquel. Roberto sonrió.

—¿De verdad quieres saberlo?-preguntó mirándole a los ojos.

—Claro, yo te he contado el mío, ahora te toca a ti.

—¿No te haces alguna idea de quién puede ser?-dijo sonriendo. Paró de caminar y la miraba fijamente a los ojos.-Fuiste tú, Raquel. No sé exactamente como ocurrió, pero un día te miré y no vi a la tímida de mi hermana pequeña, sino a una chica preciosa e increíble. Tendría unos 25 años y tú tenías 18 años.

Raquel no dijo nada. Sólo miraba a Roberto. No se imaginaba que iba a ser ella su amor platónico. Nunca le había dado muestras de sus sentimientos. Ella, por aquellos años, sólo pensaba en las fiestas y en divertirse. Incluso había hablado con él de los chicos y nunca lo vio alterarse por los celos. Siempre miraba por ella, nunca lo hacía por él mismo. Raquel se estremeció. ¿Aún seguiría enamorado de ella o eso ya pertenecía al pasado? Se le pasó esa pregunta por la cabeza, sin poder evitarlo. Se quedó quieta mirando esos ojos negros tan oscuros como la noche, mientras las farolas iluminaban las calles casi vacías, del barrio de Chelsea.

CAPÍTULO 9. el accidente



Cuando llegó Raquel al ático, se lo encontró en silencio y sin hacer ruido entró en su habitación, se desvistió y se metió enseguida en la cama con una sonrisa en la boca. No sabía qué le pasaba, pero algo en su interior se revolvió cuando supo que Roberto estuvo enamorado de ella en el pasado. Era absurdo sentirse así de contenta por esa noticia, pues eso había pasado hacía muchos años... Además, todos estos años ella lo había querido como a un hermano, ¿tan pronto uno podía deshacerse de esos sentimientos? Raquel no supo la respuesta. Hacía tan poco que sabía la verdad que no distinguía lo que sentía. Era cierto que ella cuando era pequeña se quedó un poco colgada del que creía que era su hermano mayor, pero eso lo achacó a la cercanía y poco más... Pero ahora, Raquel lo miraba desde otra perspectiva. Se quedó pensando en los que creía ella que era sus hermanos. Primero pensó en Hugo. Al recordarlo, su interior se estremeció. Se había portado tan mal con él que no sabía si algún día la perdonaría. Y luego pensó en Roberto... Recordó que hacía tiempo que no lo había visto interesado por ninguna chica, salía con sus amigos y se iba de fiesta, pero no traía a nadie a su casa... Se obligó a recordar la última vez que lo vio con una chica, y al final Raquel se acordó que fue hace dos años, cuando se lo encontró en una discoteca coqueteando con una chica muy mona, que creía recordar que se llamaba Rosaura. Estuvo saliendo con ella un par de meses pero ya no se supo más.

Roberto estaba tumbado en una cama del hotel donde se hospedaba, y se estaba acordando de la expresión de Raquel cuando le contó que era ella quien había ocupado su mente hacía bastante tiempo atrás. La conocía bastante bien

para saber que debía cambiar de tema, pues ella necesitaba repasar esas palabras en la intimidad. Lo mejor era esperar hasta que estuviera preparada para hablar otra vez, si había ocasión. Si no, Roberto decidió no volvérselo a recordar porque no quería su infelicidad. La acompañó a la casa de Ismael y el resto del camino estuvieron hablando de Londres, de donde irían el día siguiente, pues Roberto se conocía la ciudad muy bien: estuvo estudiando inglés allí hacía ya unos años. Se despidieron en la puerta del edificio. Roberto se dirigió hasta su hotel deseando que llegara el día siguiente.

Por la mañana, la despertó su hermano muy temprano.

—¿Puedo pasar?-preguntó Ismael llamando a la puerta con los nudillos.

—Um... Sí, claro.-dijo Raquel adormilada desde la cama.

—¿Qué tal anoche?-preguntó mientras se sentaba en la cama junto a Raquel.

—Bien, al final me enteré de quién era el amor platónico de Roberto...

—No me lo digas, ¿a que eras tú?-le dijo con una sonrisa.

—Sí, ¿cómo lo sabías?

—Intuición...-dijo guiñándole un ojo.-Pero, ¿eso se acabó o sigue enamorado de ti?

—No lo sé... Cambió de tema al ver mi reacción.

—¿Es que te asustaste?

—No, me sorprendí... No me imaginaba que iba a ser yo. Suponía que había sido alguna amiga suya o alguna profesora...

—¿Has quedado con él hoy?-preguntó Ismael levantándose de la cama.

—Sí, dentro de unas horas.

—Bueno ya me contarás qué tal te ha ido... Aunque me encanta hablar contigo, me tengo que ir al trabajo. Tengo una cita dentro de media hora. Hablamos luego. Cuídate.

—No trabajes mucho.-le dijo Raquel.

—Lo intentaré, aunque hoy tengo un día de locos. Hasta luego.

—Hasta luego.-dijo Raquel mientras veía marcharse a Ismael.

Se levantó de la cama y se fue a desayunar. Cuando se estaba preparando un zumo de naranja sonó el teléfono móvil: era Roberto.

—Buenos días, madrugador.-saludó Raquel.

—¡Buenos días! ¿Estás arriba en la casa?-preguntó nervioso Roberto.

—Sí.

—Ábreme, necesito hablar contigo.-dijo mientras sonaba el timbre del portero electrónico.

Raquel le abrió. Estaba inquieta, no sabía qué le pasaba a Roberto. Habían quedado dentro de dos horas. No entendía qué hacía allí. Roberto entró en la casa de Ismael con la mirada perdida y la tez blanca como la pared.

—Raquel me acaban de llamar ahora mismo... He preferido venir en persona para decírtelo.-dijo alterado.

—¿Qué ocurre?-preguntó ansiosa Raquel.

—Hugo ha tenido un accidente de coche y está muy grave en el hospital.

—¿Cómo?!-exclamó asustada creyendo que se desmayaba.

—Me marcho ahora mismo a Valencia, está en la UCI. Mis padres ya están de camino. He venido a despedirme de ti y contarte el porqué de mi marcha.

—Yo voy contigo.

—Raquel piénsatelo, ¿estas segura de que quieres ir? Van a estar mis padres.

—Eso me da igual. Hugo está mal y yo me voy contigo.— dijo con rotundidad.

—Suponía que dirías eso y ya he comprado los dos billetes de avión.

—Mejor. Dame un minuto me visto, cojo mi ropa y nos vamos. Ya llamaré a Ismael cuando estemos de camino al aeropuerto.

—Vale, te espero.-dijo Roberto mientras Raquel corría hacia su dormitorio.

Raquel no tuvo tiempo de pensar. Sólo se vistió, echó su ropa a la maleta y salieron de la casa de Ismael rápidamente. Ya había un taxi en la puerta esperándoles: Roberto lo había llamado para no perder tiempo buscando uno. Se subieron y fueron hacia el aeropuerto de Londres. Durante el trayecto, Raquel llamó a Ismael y le contó lo sucedido. Luego se puso a averiguar más cosas del accidente, pero sólo sabía lo que Miguel le había contado a Roberto. El viaje se les hizo eterno. Casi no hablaron, los dos estaban demasiado nerviosos como para articular palabra, tan sólo deseaban llegar al aeropuerto de Valencia lo antes posible.

Cuando su avión aterrizó en el aeropuerto de Manises, en Valencia, fueron corriendo a coger un taxi que los llevara al Hospital La Fe, donde estaba Hugo

ingresado.

Dentro del hospital se encontraron en la sala de espera de la UCI a Miguel y a Alicia, que reflejaban en sus caras la preocupación por su hijo pequeño. Estaban ojerosos y con los ojos hinchados de haber llorado...

—¡Al fin habéis llegado!-exclamó con alivio Miguel al verlos.

—¿Cómo esta Hugo?-preguntó nervioso Roberto.

—Está muy mal, ha perdido mucha sangre. Los médicos no saben si saldrá de esto con vida.-dijo con pesar Miguel.-Están haciendo todo lo posible...

—No puede ser...-dijo Roberto, tocándose la cabeza atormentado por lo todo lo ocurrido —pero, ¿cómo fue el accidente?

—Chocó contra un coche de frente. El otro conductor murió en el acto. El coche invadió el carril por el cual circulaba tu hermano... Además iba a 120km/h. Imagínate cómo fue el golpe...-hizo una pequeña pausa para intentar calmarse al imaginar la trágica escena.-Estuvieron más de una hora para sacar a tu hermano del coche, era un amasijo de hierro...-dijo Miguel angustiado con lágrimas en los ojos.

—¡Quiero verle!-dijo Roberto.

—Hay que entrar de uno en uno. Está en observación. Le han puesto muchas bolsas de sangre... Venid, está en esta habitación.

Roberto, Raquel y Miguel se fueron hacia un pasillo donde se encontraba la habitación de Hugo. Alicia prefirió quedarse sola donde estaba, paralizada por el miedo. Miguel habló con una enfermera para saber si podía entrar Roberto. La enfermera le dijo que sí, pero que no debería de estar mucho tiempo en ella, pues Hugo necesitaba estar tranquilo. Roberto entró en la habitación, mientras Raquel y Miguel se quedaron en el pasillo esperándole.

—¿Cómo estás, Raquel?-preguntó Miguel en un tono muy suave.

—No muy bien, y ahora, como comprenderás, no me apetece hablar...-dijo apenada, intentando que no se le escaparan las lágrimas.

A Raquel se le hizo eterna la espera. Le parecía que Roberto hubiera estado horas dentro de la habitación y sólo habían pasado minutos... Necesitaba ver la cara de Roberto cuando éste saliera de la habitación, así ella sabría la gravedad de Hugo... Raquel también quería entrar a verlo. Esperaba que Hugo quisiera recibirla a ella también, aunque si él decidía que no quería... Al fin y al cabo ella lo entendería.

Por fin se abrió la puerta y salió Roberto. Raquel le miró a los ojos, estaban rojos y brillantes de haber llorado. Se asustó, y empezó a notar cómo le sudaban las manos. Estaba muy nerviosa. Las cosas no pintaban bien, Hugo estaba muy mal.

—Quiere verte.-dijo Roberto a Raquel, con un hilo de voz, mirándola a los ojos.

Raquel, sin decir nada, entró en aquella habitación. Allí, sobre la cama, estaba Hugo tendido, estaba rodeado de máquinas y de tubos. Al acercarse le vio la cara. La tenía amoratada y llevaba una venda que le rodeaba toda la cabeza.

—Hola Hugo.-susurró mientras se acercaba a la cama y notaba que se le encogía el alma al verlo en esas circunstancias.

—Um... Raquel...-musitó Hugo mientras intentaba abrir los ojos.

—¿Cómo te encuentras?

—Ahora que estás tú aquí, mejor. Te estaba esperando.-dijo intentando sonreír.

—Ya estoy aquí, a tu lado. Ahora lo que tienes que hacer es ponerte bueno pronto. Para poder salir de aquí y enseñarme esta ciudad.-dijo Raquel animándolo.

—Ven, dame la mano.-Raquel se acercó y le estrechó la mano. La notó fría y temblorosa.-Que bien... Raquel...-hizo una pequeña pausa para respirar. Me estoy muriendo.

—¡No digas eso!-dijo Raquel sobresaltada.— ¡Debes luchar!

—Raquel, me han amputado la pierna derecha, he perdido muchísima sangre... Mira, me lo han pintado muy mal los doctores. Sé que van a volverme a operar, pero no saben si saldré de la operación. Tengo un coágulo en la cabeza...

—Ya verás como sales bien de ésta, lo sé. Yo estaré contigo en todo momento y cuando salgas del hospital nos iremos a algún sitio, tú y yo solos, ¿vale? Pero tienes que luchar, no debes rendirte jamás.-dijo Raquel a punto de explotar en lágrimas ante aquellas palabras tan dolorosas.

—Suena genial, de veras.-dijo intentando sonreír.-Pero, Raquel, no sé cómo explicártelo, pero sé que me ha llegado la hora. No tengo miedo, ahora ya no, porque has venido... Sólo quería verte una vez más y pedirte un favor...

Cuida de Roberto. Él es el mejor hermano que he podido tener...-dijo Hugo acariciándole la mano.

—Hugo, siempre cuidaré de él. Pero por favor, no te rindas... Te necesitamos...-dijo Raquel llorando desconsoladamente.

—Otra cosa más, antes de que venga la enfermera a ponerme más morfina...-dijo con gesto de dolor.-Quiero que me perdones por todo el mal que te hice. No pensé en que podía hacerte daño.

—Ya estas perdonado, Hugo, yo también me porte mal contigo... Te quiero mucho, de verdad, aunque no sea de la misma forma que tú. Me duele mucho no poder corresponderte, en serio.

—No te angusties por eso, Raquel. Me basta con saber que me quieres...dijo sonriéndole.

—Recupérate pronto y podremos empezar de nuevo. Seguro que me encandilas.-dijo con una tímida sonrisa, no quería perderle y si la única manera de que no se rindiera era que ella tenía que aprender a amarlo, pues lo intentaría.

—Raquel... Me encantaría empezar de nuevo contigo.-Hugo en aquel instante se estremeció de dolor.-Pero me queda poco tiempo. No padezcas por mí...

—Voy a llamar a la enfermera para que te ponga la morfina, estas sufriendo...

—No, no la llames todavía. Ven Raquel, por favor abrázame. Necesito sentirte a mi lado.

Raquel le abrazó, y siguió llorando en su hombro. Hugo le acariciaba la cabeza, en ese momento se sentía tranquilo aunque por dentro se estuviera meriendo de dolor el sentir el calor y el cariño de Raquel le hacía sentirse plenamente feliz.

—No llores, amor mío...-dijo Hugo dulcemente dándole un tierno beso en la cabeza.-Me llevo conmigo lo más grande que he hecho en toda mi vida: amarte. Sé que si hubiera obrado de mejor forma, tú y yo hubiéramos sido muy felices juntos. No llores más... Abre los ojos, no te dejes llevar por los prejuicios, y veras a las personas que realmente te quieren. No dejes escapar ninguna oportunidad de ser feliz. Vive como si mañana se acabara el mundo, hazlo por mí...

En ese momento entró una enfermera con la morfina.

—Señorita, se tiene que marchar ya.-dijo la enfermera a Raquel.

Raquel se incorporó de la cama, secándose torpemente las lágrimas que inundaban su cara. Se acercó a Hugo y le dio un tierno beso en la mejilla.

—Mañana vendré a verte. Hugo, no te rindas, por favor...-dijo Raquel mientras le sostenía una mano.

—Te quiero.

Sus manos se separaron y Raquel salió de la habitación aún con lágrimas en los ojos. Al único que vio al salir fue a Roberto. Se acercó a él y lo abrazó fuertemente mientras sus lágrimas le empapaban la camiseta. Roberto, sin decirle nada, la estrechó contra su cuerpo. Miguel, viendo la escena, se fue y los dejó allí a los dos solos.

Roberto y Raquel abandonaron el hospital. Hasta el día siguiente no podía Hugo recibir más visitas. Roberto reservó un par de habitaciones en un hotel próximo.

Al llegar a la planta donde estaban las dos habitaciones, Roberto abrió una de ellas.

—¿Te apetece que pidamos algo de comer y que nos lo suban a la habitación?-preguntó Roberto con el rostro contraído por el dolor.

—Sí...

Raquel no entendía porque había pedido dos habitaciones. Ella no quería ni podía estar sola. Necesitaba estar con alguien, necesitaba estar con él...

—¿Cómo estás?-preguntó Raquel a Roberto mientras se sentaban en el sofá de la habitación.

—Todavía no lo sé...

—¿Te habló Hugo de algo?

—Sí...-dijo mientras se tapaba la cara con las manos.-Raquel, es mi único hermano, yo no sé que voy a hacer si él...-dijo derrumbándose ante la posibilidad de perderlo para siempre.

—Lo sé...-dijo abrazándole.-Desahógate... Saca todo el dolor fuera, luego te sentirás algo mejor...

—¡No quiero que muera!— exclamó con rabia.-Yo soy el mayor, yo tendría que haberle protegido... No sé si podré resistirlo...-dijo llorando en los brazos de Raquel.

—Ha sido un accidente, tú no podrías haber hecho nada por impedirlo. A veces las cosas suceden, sin que podamos controlarlas. Ya verás cómo se cura. Le he dicho que pelee, que no se rinda, que lo necesitamos a nuestro lado.-Raquel acarició el pelo de Roberto. Le dolía tanto verle así de vulnerable.-Yo siempre estaré contigo, Roberto. Nunca me iré de tu lado. Siempre podrás contar conmigo...

—Raquel...-Roberto la miró a los ojos, aún se le caían las lágrimas.-me ha obligado a prometerle que tenía que ser sincero contigo...-Roberto le acarició la mejilla e intentó recomponerse.-Te quiero, sigo enamorado de ti, desde aquel día que descubrí en ti a una mujer maravillosa.

—Yo...-dijo conteniendo la respiración.

Roberto se acercó y posó sus labios en los de ella, primero con timidez y, al notarlos tan apetecibles, después con pasión. Raquel primero se sorprendió por la confesión de éste pero, al notar los labios de Roberto en su boca, algo dentro de ella se despertó y se dejó llevar por el deseo que tenía escondido desde hacía tanto tiempo. Se besaron como si ese día fuera el final de sus vidas, como si no hubiera mañana. Se enredaban sus lenguas, sus bocas se buscaban con ardor. Y Raquel, por fin, lo entendió todo. Todo lo que le había sucedido era para llegar a este momento, en esa habitación de hotel, en esa ciudad que ni conocía. Para darse cuenta de a quién amaba ella realmente. Esa persona que daría su vida por ella y por quien ella daría la suya. Lo había tenido desde el principio a su lado. Habían crecido juntos, se había peleado miles de veces y miles de veces habían hecho las paces. Se apoyaban el uno en el otro. Se conocían tan bien que a veces sobraban las palabras. Estaba tan cerca que ni siquiera se había dado cuenta de su amor por él. Había crecido tan poco a poco, dentro de ella, que no se había percatado. Pero sí, Raquel lo amaba, sólo a él. Hasta le parecía ridículo recordar lo que había sentido por Ian, pues ni se asemejaba, ni se acercaba lo más mínimo, a éste amor pleno e incondicional.

—Te quiero...-susurró Raquel al cerciorarse de la verdad.

Roberto la miró, como él sabía mirarle, de esa manera tan dulce, y sonrió. Se volvieron a besar, excitados por esa revelación, mientras se quitaban las camisetas. Se abrazaban, se acariciaban, y poco a poco se fueron desnudando. Dejaron que su pasión se desbordara. Necesitaban notar el calor del otro, era

maravilloso ver como se deleitaban uno con el otro. Se amaron, en todos los sentidos de la palabra. Nunca habían sentido tanto placer, tanta pasión, tanto deseo. Estaban hechos el uno para el otro. Raquel se sentía dichosa por haberse dado cuenta al fin. Que todo había ocurrido por algo. Que Miguel la eligiera a ella cuando era un bebé y no a otro... Todo estaba predispuesto para que ellos se encontraran y se amaran.

Cayeron exhaustos uno junto al otro, abrazados en la cama, entrelazadas sus piernas, sin permitir ni siquiera un resquicio. Roberto empezó a acariciarla, era un placer para él notarla bajo sus dedos, había anhelado tanto estar así con ella, que casi ni se lo creía. Se acercó a su cabello y exhaló su fragancia, era deliciosa. Raquel le dio un cariñoso beso en los labios.

—Me gustaría saber una cosa.-dijo Raquel mientras entrelazaba sus dedos con los de Roberto.-¿Hugo sabía que tú estabas enamorado de mi?

—Sí, desde hace mucho años.-hizo una pequeña pausa para darle un tierno beso en los labios.-Ya sabes que él siempre ha sido más impulsivo que yo. Me contentaba con verte feliz, aunque no fuera conmigo...-dijo estrechándola más fuerte.-Esperaba a que algún día mi padre te contara la verdad, aunque yo tampoco la sabía toda. Esperaba que cuando tú te enteraras de que no eras nuestra hermana, eligieras a uno de los dos o a ninguno... Pero Hugo no tiene mucha paciencia, ya lo conoces. Él te quería ya y al verte con Ian... Bueno ya sabes el resto de la historia.

—Pero si él sabía que tú también me querías...-intentó despejar sus dudas.

—Raquel, nunca me hubiera peleado con Hugo por ti. No porque no te quisiera, sino porque es mi hermano, y también lo quiero a él. Ya te he dicho que me contentaba con verte feliz, aunque esa felicidad te la diera otro...

—Ahora entiendo porque me dijo que abriera los ojos y así podía ver a las personas que de verdad me quieren...

—Él quiere que estemos juntos... Se siente mal por como actuó y ha intentado arreglarlo.

—Entonces, ¿no le molestará que estemos juntos?-preguntó un poco culpable por lo que había sucedido en esa habitación.

—No, al contrario. Se alegrará mucho que tú y yo estemos juntos. Ya te digo que me pidió que te dijera que te amaba, si él no me lo hubiera pedido...

—Ya... te entiendo. Es tu hermano.

—Exacto, y nunca le haría daño.

—Lo sé.

Raquel se estrechó aún más al cuerpo de Roberto, se necesitaban aún más si cabe en esos momentos tan duros.

CAPÍTULO 10. el desenlace



A la mañana siguiente sonó el teléfono móvil de Roberto y éste enseguida descolgó.

—¿Si?-preguntó somnoliento.

—Roberto, venid deprisa... Hugo ha empeorado.-dijo Miguel con gran pesar.

—Enseguida vamos.-dijo Roberto y colgó el teléfono. Raquel lo miró con preocupación. —¿Es Hugo?-le preguntó a Roberto, que solo asintió con la cabeza. Rápidamente se vistieron y se fueron hacia el hospital. Al llegar, se encontraron a Miguel y Alicia en los pasillos de la UCI muy nerviosos y con los ojos rojos de haber llorado.

—¿Cómo está?-preguntó nervioso Roberto.

—Todavía no los sabemos, están los médicos con él...-dijo Miguel.

—¿Pero que le ha ocurrido?

—Empezó a ahogarse. No respiraba bien...-dijo Alicia llorando rota por el dolor.

Miguel se acercó a su mujer y le dio un tierno abrazo.

—Vamos a ser optimistas. Hugo es fuerte.-le dijo Miguel.

Se abrió la puerta de la habitación de Hugo y salió un doctor.

—Se ha estabilizado. Le hemos puesto una mascarilla de oxígeno. Está de momento estable.-informó el doctor.-Lo único es que no colabora mucho, pues está muy nervioso. Repite el nombre de una chica. No para de llamarla y necesitamos que se tranquilice para que no se vuelva a repetir la crisis.

—¿Qué nombre repite?-preguntó con un hilo de voz Alicia.

—Raquel. Si es una de ustedes, lo mejor sería que entrara para que se tranquilizara un poco.

—Soy yo. —musitó dando un paso hacia Adelante.

—Puedes entrar, pero solo unos minutos. A ver si conseguimos que coopere. Volveré para hacerle otra revisión en un par de horas. Cualquier cosa que necesiten, se lo comunican a la enfermera.-dijo mientras se marchaba.

—Gracias doctor.-dijo Miguel un poco más tranquilo al ver que se había estabilizado su hijo.

Raquel entró sin dudarle en la habitación de Hugo. Al entrar, se asustó al ver que Hugo tenía peor aspecto que el día anterior: estaba más ojeroso y el color de su piel había cambiado, ahora tenía una apariencia más pálida. Además, la mascarilla de oxígeno le tapaba casi toda la cara, solo se le veían los ojos vidriosos. Se estremeció al encontrarlo en aquel estado, era como si ese muchacho demacrado no fuera él. Raquel contuvo las lágrimas le dolía el alma verlo así tan indefenso y vulnerable.

—Hugo, soy Raquel...-dijo acercándose a él.

—¿Um? Raquel...-susurró Hugo intentándose quitar la mascarilla de oxígeno.

—No te la quites.-le sugirió Raquel.

—Raquel...con esto... me ahogo...-dijo sin aliento.

—Pero sin esto te ahogará de verdad.

—...Qué guapa estas...-dijo acariciando la mano que le había dado Raquel.-Espero que mi... hermano me hiciera...caso...

—¿Cómo te encuentras?-preguntó preocupada.

—Eso ya da igual...quiero que seas...feliz...Raquel...Roberto te quiere...te quiere incluso...más que yo...Él nunca te fallará...Raquel...-dijo entrecortadamente sin casi aliento, mirándola fijamente a los ojos.

—Shhh. No te esfuerces tanto Hugo. Estate tranquilo por eso, anoche hablamos, él me lo contó todo... —hizo una pequeña pausa.-Estamos juntos, Hugo. Ahora descansa.-Hugo sonrió aliviado al recibir la noticia que tanto anhelaba.

—Qué feliz...me haces...Ahora... ya me puedo...ir en paz...-dijo mientras se resbalaba una lagrima por su mejilla.

—¡No digas eso Hugo! No te rindas, por favor.

Hugo le acarició la cara, le rozó suavemente el labio inferior, y recordó el día de su partida, el día que se presentó en la fiesta del hotel para despedirse de ella, para poder verla una última vez. Al verla, aquel día, no pudo resistirse, lo intentó con todas sus fuerzas, pero éstas ya flaqueaban y la besó en esos labios que tanto había deseado probar. Fue el beso más delicioso que había probado en toda su vida, el tenerla entre sus brazos, el sentir como al principio se oponía, pero que después se amoldaba a su lengua, a sus caricias... En ese instante, en los pocos minutos que duró aquel dulce beso, Hugo se sintió el hombre más feliz del mundo. Después de haber estado dos años intentando olvidarla, buscando en otras mujeres aquella sensación que tenía cuando estaba a su lado maldiciendo y enfadándose con él mismo por no poder lograr su objetivo. Al final tuvo que rendirse a ese amor tan grandioso que sentía por ella. La amaba tanto que le dolía en el alma verla sufrir por él. Pues ella se merecía ser feliz, ahora comprendía después de tantos errores cometidos que no le importaba que no fuera con él, sólo quería volver a verla sonreír. Por eso el día anterior cuando Roberto entró en su habitación habló con él seriamente, sabía que su hermano también la amaba, por eso le hizo prometer que hablaría con ella, para declararle su amor. Él era la única persona que merecía ocupar el corazón de Raquel. Cuando Hugo escuchó que ellos dos, las dos personas que más quería en el mundo, estaban juntas se rindió y de repente se desplomó su mano. Una máquina empezó a pitar.

—¡Hugo! ¡Hugo! ¡No, por favor! ¡QUE ALGUIEN VENGA!-gritó llorando Raquel.— ¡Hugo, no te vayas! ¡Hugo!...No te mueras por favor, no me dejes.-dijo abrazándole mientras lloraba sin cesar.

Roberto entró rápidamente en la habitación al escuchar los gritos de Raquel. Al entrar, la vio abrazando el cuerpo, ya sin vida, de Hugo. Se acercó a la cama donde estaba su hermano menor. Vio como la máquina que controlaba su pulso pitaba sin cesar y en la pantalla solo se veía una línea recta de color rojo. Su hermano había muerto. Se acercó a él y le dio un beso en la frente. Le mataba por dentro verlo tan quieto en aquella cama sin aquella chispa de alegría que siempre tenía reflejada en su cara, sin su sonrisa guasona y su optimismo. La vida sin él no sería la mismo, aquel accidente se había llevado a su mejor amigo, a su hermano pequeño, a su único hermano... ¿Qué iba a hacer Roberto sin él? Sin sus risas, sin sus chistes, sin su manera loca de

ver las cosas.

—Descansa. Nunca te olvidaremos. Siempre te querré, porque eres el mejor hermano que he podido tener, el mejor amigo que podría encontrar...— susurró Roberto con lágrimas en los ojos al cuerpo inerte de Hugo.

Roberto y Raquel se abrazaron desconsolados por la pérdida, se sentía que dentro de ellos algo se había desgarrado dejándolos huecos, después de aquello nada volvería a ser igual en sus vidas.

Rápidamente entraron en la habitación el médico y las enfermeras. Les rogaron que esperaran fuera de la habitación. Raquel y Roberto salieron, pero sabían que no se podía hacer nada. Hugo ya se había despedido de su gran amor y sabía que ella sería feliz con su hermano. Dejó de luchar. Quería hacer alguna cosa bien en esa vida, y era unir, a las dos personas que él más quería.

Cuando Miguel y Alicia les vieron salir de la habitación, se echaron a llorar y se abrazaron. Sobraban las palabras en ese momento. Se sabía que Hugo había fallecido y los cuatro permanecieron en el pasillo de la UCI abrazados y llorando sin consuelo.

En los días siguientes no pararon, tuvieron que hacer muchas gestiones para poder llevarse a Hugo a Marbella. Cuando estuvieron allí fue incinerado. Por petición suya sus cenizas serian arrojadas al mar, en la costa de su ciudad natal. Él quería ser recordado en ese lugar, tan especial y tan vinculado a su familia.

Alquilaron un pequeño barco de vela, en el que estaban todos los seres queridos de Hugo: Miguel, Alicia, Roberto y Raquel. Cada uno de ellos echó al mar una flor azul, el color preferido de Hugo. Al mismo tiempo Miguel echó al mar las cenizas de su hijo pequeño con lágrimas en los ojos y un inmenso vacío en su corazón, vieron como aquellas se hundían en las profundas aguas de mar Mediterráneo. Fue un ritual solemne. Todos seguían muy afectados por el fatal desenlace, pero acataron el deseo de Hugo. Él quería que su último adiós fuera así, íntimo y en el mar, aquel lugar tan vinculado a Raquel y a él.

Cuando hubo terminado la ceremonia, el barco dio la vuelta en dirección al puerto. Todos estaban muy emocionados y casi ni hablaron. Raquel y Roberto estaban sentados en la proa del barco, mientras tanto Alicia y Miguel estaban en la popa.

—Voy a hablar con mis padres.-dijo Roberto a Raquel.-Quiero contarles

lo nuestro, aunque creo que sospechan algo. Si no quieres acompañarme, lo entenderé.

—Prefiero quedarme aquí... Todavía no estoy a gusto delante de ellos...dijo Raquel dolida.

—Aunque no lo creas, mi madre ha cambiado mucho desde la muerte de Hugo. Está mucho más serena. Me imagino que Hugo hablaría con ella también...

—Es posible... Supongo que se despediría de todos nosotros.-dijo Raquel mirando al mar.-Ve y habla con ellos.

—Ahora mismo estoy contigo.-le dijo mientras le daba un tierno beso en la frente.

Roberto se acercó a sus padres.

—A lo mejor no es el mejor momento para contaros esto, pero necesito que lo sepáis y no quiero perder más el tiempo. Raquel y yo nos amamos. Desde que volvimos de Valencia estamos viviendo juntos en mi apartamento.

—¡Qué sorpresa!-dijo Alicia con ironía.-Ya habíamos intuido algo, hijo mío. ¿Eres feliz?

—Con ella a mi lado, sí.-dijo con seguridad Roberto mientras se le iluminaba la cara con una sonrisa.

—Entonces yo también lo soy.-dijo Alicia cogiéndole de la mano cariñosamente.

—¿Y éste cambio, mamá?-preguntó extrañado.-A ti no te gustaba Raquel.

—He perdido a un hijo, no quiero perder a otro. Si tú la quieres y ella te quiere, ya no importa nada más.-dijo visiblemente emocionada por el fatal desenlace de su hijo pequeño.

—Me encanta oírte decir eso.-dijo Miguel a Alicia mientras le daba un beso en la mejilla.-Hijo, estoy muy contento de que tú y Raquel estéis juntos. Siempre os habéis llevado fenomenal. Ahora lo que falta es que Raquel pueda perdonarnos algún día por todo lo que le hemos hecho...

—Eso depende de ella. Lo ha pasado muy mal, ya lo sabes.

—Ahora vengo, tengo que hablar con ella.-dijo Alicia, yéndose decidida hacia Raquel. Roberto y Miguel se quedaron asombrados ante su decisión.

Raquel miraba el mar. Observaba como las olas chocaban y el barco se balanceaba suavemente, meciéndola. Cerró los ojos y pensó un segundo en lo

curioso de la vida. Ahí estaba ella, otra vez con los Santamaría, en Marbella... Ahora sería difícil no volver a verlos. Raquel amaba con todas sus fuerzas a Roberto y era feliz junto a él. Al abrir otra vez los ojos, vio algo que le sorprendió: Alicia venía hacia ella.

—¡Oh, Raquel!-exclamó Alicia, con lágrimas en los ojos, cuando estuvo cerca de ésta.-Necesito hablar contigo... Hugo me hizo comprender muchas cosas... Estaba muy ciega por el egoísmo, sólo quería mi comodidad. Yo no quería que Miguel adoptara a ningún bebé porque eso significaba obligaciones, responsabilidades, noches en vela... Hugo y Roberto ya eran más o menos independientes y yo ya empezaba a vivir de nuevo. Empecé a viajar y a divertirme con mis amistades. Miguel hizo oídos sordos a mis ruegos y te adoptó. Hace poco me enteré de la verdad. Yo tampoco sabía que te apartaron de tu familia. Cuando Miguel te trajo, yo me enfadé mucho con él. Le aseguré que yo no me implicaría. Él te adoptó sin consultarme, por tanto, yo decidí que él fuera responsable totalmente de ti. Ahora sé que obré mal, tú no tenías culpa de nada. Eras inocente de todo y aún así te culpé de mi situación. Por eso te pido perdón, Raquel. Perdóname por no haber sido buena contigo, perdón por haberte ignorado, por no haberte querido... Sé que no me merezco tu comprensión, pero la vida ya me ha castigado bastante. Se ha llevado de mi lado a Hugo, a mi querido niño, a mi pequeño... Por favor, empecemos de nuevo.-dijo, llorando, rota del dolor.

—Alicia, gracias por haberte sincerado conmigo. He estado muchos años de mi vida preguntándome qué te había hecho yo para merecer ese trato. Ya sé tu versión. No la comparto, ya lo sabes. Pero ahora estoy empezando una nueva vida junto a tu hijo. Sé que te tendré que ver más veces de las que desearía. No quiero ver que Roberto sufre por nuestra enemistad, por tanto, intentaré olvidar todo el pasado vivido. Pues el pasado atrás quedó. Pero quiero que sepas algo, ahora que nos estamos sincerando. Espero un cambio real en ti. Un solo desprecio hacia mí, uno solo y no me vuelves a ver más.-apuntó Raquel seriamente.

—No, tranquila. Eso no volverá a pasar. Ahora he comprendido muchas cosas. Lo más importante no es viajar o divertirme con mis amigos. Es estar rodeada de las personas que quieres de verdad, de la familia. No te defraudaré, te lo prometo, Raquel.

—De acuerdo, Alicia, lo intentaremos. Lo hago por Roberto, que no te quede duda.

—Lo sé, nos ha contado lo vuestro. Me gusta ver a mi hijo tan ilusionado y tan contento, sobre todo en estos momento tan difíciles para la familia. Me alegro de que estés tú a su lado lo conoces muy bien y sé que le harás muy feliz.

—Creía que te opondrías.— dijo extrañada.

—Antes de lo ocurrido, seguro que sí. Pero Hugo me habló mucho de ti. Me contó muchas cosas buenas que tú has hecho por ellos que yo desconocía. Ahora, te veo de diferente manera. Él ha hecho que abra los ojos.

—Me ha gustado ésta conversación tan sincera. Creo que es la primera vez que hemos hablado tanto.-dijo Raquel.

—A mí también me ha gustado hablar contigo. Además ésta no será nuestra última conversación. Habrá más, muchas más. Ahora vuelves a ser de la familia.

—Sí.-dijo sonriendo.

—Raquel, quería hablar también de mi marido. Sé que obró mal, pero está muy arrepentido. Él te quiere mucho, siempre te ha querido, serás su niña toda la vida. Está muy triste porque no quiere perderte. Él también te necesita.

—Me imagino que lo estará pasando mal. Miguel, en todos los aspectos, ha sido mi padre durante mucho tiempo. Lo he querido como tal durante estos años. Ahora me siento defraudada, confiaba ciegamente en él... Pero aún le tengo cariño... Solo necesito tiempo para volver a fiarme de él.

Alicia al descubrir que su hijo no le mintió en el hecho de que Raquel era una buena persona con un enorme corazón, no lo dudó: se acercó y la abrazó con ternura.

—Hugo no exageraba, eres una magnífica persona. Roberto no hubiera podido encontrar a alguien mejor que tú.-dijo Alicia feliz.

Roberto y Miguel se acercaron al verlas abrazadas, no podían creer lo que estaban viendo.

—Parece que Hugo aún esté con nosotros. Ha conseguido que estemos otra vez todos juntos.-expresó Miguel emocionado.

—Pues antes de perder ésta magia, quería pedirte algo muy importante, Raquel. Quería hacerlo aquí pues Hugo tuvo mucho que ver en esto...-dijo

Roberto cogiéndole la mano.— ¿Te quieres casar conmigo?

—¡Sí! ¡Claro que sí!-dijo emocionada Raquel, saltando a sus brazos.

Alicia y Miguel se abrazaron al contemplar la feliz escena.

—¡Enhorabuena!-dijo Miguel abrazándolos.-Quiero ser yo el primero en daros mi regalo de bodas. Lo tenía pensado desde hace unos días, y qué mejor momento que hoy para contártelo, hijo mío.-hizo una pequeña pausa.-Te vas a hacer cargo del hotel. Yo me retiro ya... Sé que vosotros seguiréis la tradición, tu abuelo quería que fuera siempre de los Santamaría. ¡Y más Santamaría no puede ser!

—Papá, no puedo aceptarlo, es tu vida y...-dijo Roberto sorprendido.

—No hay excusas que valgan. Mira, desde que le ocurrió a tu hermano el accidente, lo he estado pensando. El hotel ha sido mi vida, lo sé. Pero más importante es mi familia. Ahora te vas a encargar tú, confié plenamente en ti y sé que Raquel también te ayudará en esta tarea. Sé que el negocio vivirá mejores momentos con vosotros que conmigo... Ahora lo que quiero hacer es estar con tu madre. Volver a conquistarla, porque la he dejado demasiado de lado estos años. Debemos acostumbrarnos a vivir sin Hugo, y es mejor que lo hagamos unidos...

—Te lo agradezco mucho, papá...-dijo Roberto abrazando a su padre.

El barco entró en el puerto de Marbella y las personas que viajaban en él se sentían emocionadas por todo lo ocurrido y por todo lo que ocurriría.

Raquel y Roberto se fueron a su casa. Empezaron a hacer los planes para el gran día: su boda. Además, al día siguiente empezaba algo muy importante, iban a ser los dueños del hotel más importante de Marbella: El Hotel Al Ándalus.

Los días transcurrieron veloces. Raquel dimitió del periódico y se puso a trabajar junto a su amado prometido, el volver a la rutina sin tener cerca a su amado Hugo se les hizo muy duro, parecía que les faltaba en cada instante su presencia. Sería muy difícil acostumbrarse a vivir sin él.

La boda se celebró a los seis meses de la pedida en el barco. Roberto y Raquel se casaron en un maravilloso barco blanco en alta mar, como homenaje a Hugo. En la boda estuvieron todas las personas importantes de su vida. Los padres de Roberto y los de Raquel, y los hermanos de ésta. Fue en esos días antes de la boda cuando Raquel se encontró otra vez con Ian, y no fue tan mal

como creían. Raquel ya había olvidado esa historia y sólo tenía ojos para Roberto. Ian también había rehecho su vida, estaba saliendo con una italiana, que le pareció muy simpática a Raquel. Como dijo Ismael, el tiempo lo cura todo.

Era un precioso día de invierno el sol brillaba en lo alto del cielo, aunque no era una mañana especialmente fría. Roberto esperaba a Raquel debajo de un arco con flores blancas y rosas. Todos los allí reunidos lo observaban. Él estaba ansioso por verla, por tener a su amada a su lado. De pronto, se escuchó la música nupcial, y de detrás de unas cortinas de tul azul celeste, apareció Raquel vestida con un magnífico vestido blanco, entallado en la cintura de manga larga y largo hasta los pies. Era un vestido muy sencillo pero muy elegante. Le acentuaba su figura. Estaba radiante. El pelo lo tenía recogido y le caían algunos mechones por la cara. No llevaba velo, solo unas pequeñas perlas enganchadas en el pelo. El ramo de flores era sencillo: constaba de seis flores rojas y una flor azul. Las seis flores significaban el tiempo que llevaban juntos, seis meses, y la flor azul era en recuerdo de Hugo, que siempre estaba presente en sus vidas.

Roberto sonrió al verla. Aún no podía creer que fuera a casarse con ella, estaba preciosa. Raquel se iba acercando hacia él, iba cogida del brazo de su padre, Federico. Cuando se acercaron al altar, Roberto la cogió de la mano y se miraron con los ojos llenos de amor.

El juez empezó la ceremonia.

—Prometo estar siempre a tu lado, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad. Hasta el fin de mis días. Te amo y sé que siempre te amaré. Te cuidaré y nunca te fallaré.-dijo Roberto colocándole el anillo en el dedo de Raquel.

—Roberto, te querré siempre, y seré tu mejor amiga. Siempre podrás contar conmigo. Nunca te fallaré. Te amaré eternamente. Tú eres mi vida.-dijo Raquel poniéndole el anillo en el dedo a Roberto.

—¿Roberto Santamaría Pérez quiere usted a Raquel Huriarte Wesley como esposa?-preguntó el juez.

—Sí, lo deseo.-dijo Roberto sin dejar de mirar a Raquel.

—¿Raquel Huriarte Wesley quiere usted a Roberto Santamaría Pérez como esposo?

—Sí quiero.-dijo con una sonrisa de felicidad.

—Con vuestras firmas aquí en este documento, os declaro marido y mujer.
—declaró el juez con una sonrisa.

Se acercaron y se besaron dulcemente en los labios. La gente allí reunida aplaudió de felicidad. Sabían que donde estuviera Hugo, él también estaría feliz de ver que iban a estar juntos toda la vida.

fin.

*This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
28/02/2014*